

1. La llegada de la bestia de piedra.

En una habitación larga y de techo bajo adornada con antigüedades egipcias, grecorromanas, minoicas y asirias, un joven de veintiséis años, delgado y aparentemente descuidado, estaba sentado y tarareaba jubilosamente. Como nada en su apariencia sugería al erudito —llevaba un tweed gris de corte universitario, polainas, camisa y cuello azul a rayas y una corbata ridículamente brillante— los no iniciados se inclinaban a considerarlo como un mero empleado en su propia oficina. Extraños entraban sin previo aviso y lo llamaban «joven» al menos veinte veces por semana, y con frecuencia le pedían que transmitiera mensajes a un superior inexistente. Nadie sospechaba que él era el custodio legal de los objetos que lo rodeaban, e incluso cuando revelaba su identidad, la gente lo miraba con desconfianza y se inclinaba a sospechar que, irónicamente, les estaba tomando el pelo.

Algernon Harris era el nombre del joven y los títulos de posgrado de Yale y Oxford lo distinguen claramente de la mayoría. Pero es mérito suyo que nunca haya hecho alarde de su erudición. Nunca sucumbió al impulso —casi irresistible en un joven con filiación académica— de agregar su doctorado en la portada de su primer libro.

Fue este libro el que le hizo querer por los directores del Museo de Bellas Artes de Manhattan y provocó que lo eligieran por unanimidad para suceder al difunto Halpin Chalmers como curador de arqueología cuando este último se retiró en el otoño de 1929.

En menos de seis meses, el joven Harris se había familiarizado exhaustivamente con los deberes y responsabilidades de su oficina y se estaba convirtiendo en el curador más exitoso que jamás había empleado el museo. Era tan alegremente juvenil, tan consumido por el celo investigador, que sus trabajadores de campo contrajeron su entusiasmo como si fuera una especie de fiebre y se alejaron rápidamente de su presencia para confiar sus vidas eruditas e invaluable a orientales feroces de ojos rasgados e indios peludos y balbuceantes y hombres negros completamente desnudos en las marinas de la corteza más detestables de nuestro planeta.

Y ahora volvían —hacía días que volvían— de vez en cuando con el rostro demacrado, y una o dos veces, afortunadamente, con algo radicalmente malo en ellos. La tragedia de Symons fue un ejemplo de ello. Symons era un especialista de la dinastía Chang y se

había visto obligado a dejar su ojo izquierdo y un trozo de nariz en un templo budista cerca de un lugar llamado Fen Chow Fu. Pero cuando Algernon lo interrogó, solo pudo murmurar algo sobre un pequeño rostro maligno con ojos ardientes que lo habían fulminado con la mirada desde una niebla púrpura. Y Francis Hogarth perdió ochenta libras y un brazo derecho perfectamente bueno en algún lugar entre Lake Rudolph y Naivasha en el África Oriental Británica.

Pero algunos sucesos inexplicables y, por lo tanto, desde un punto de vista científico, desafortunados fueron más que compensados por los tesoros arqueológicos que los exitosos exploradores trajeron y arrojaron figurativamente a los pies de Algernon. Había espejos de diseño greco-baario y dragones tigre en miniatura o tao-tiehs de China central que datan de al menos 200 a. C., enormes esfinges de diorita del valle del Nilo, jarrones geométricos de la Creta micénica, cerámica incisa de Messina y Siracusa, linos y husillos de los lagos suizos, dinteles esculpidos de Yucatán y México, monolitos mayas y manabíes de diez pies de altura, Venus paleolíticas de los Pirineos e incluso una serie de raras tablillas bilingües en camítico y latín del sitio de Cártago.

No es de extrañar que una cosecha tan espléndida haya exaltado a Algernon de manera inmoderada y lo haya impulsado a comportarse como un colegial. Se dirigía a los asistentes por sus nombres de pila, los golpeaba ruidosamente en los hombros cada vez que tenían ocasión de acercarse a él, y deambulaba al azar por el edificio inmerso en ensoñaciones extáticas. De hecho, descendió tan lejos de su pedestal que incluso los directores se sintieron perturbados, y es dudoso que algo menos que la llegada de Clark Ulman pudiera haberlo sacado de allí.

Ulman pudo haber sido consciente de esto, porque telefoneó primero para dar la noticia misericordiosamente. Al parecer, había oído hablar del éxito de las otras expediciones. Algernon, como hemos visto, tarareaba, y el tintineo del timbre de un teléfono junto a su codo fue el primer indicio que tuvo del regreso de Ulman. Separando apresuradamente el auricular, lo presionó contra su oreja e inyectó un staccato en la boquilla.

—¿Qué sucede?

Siguió un silencio. Entonces la voz de Ulman, desconcertantemente estridente, golpeó desagradablemente su tímpano:

—Tengo al dios, Algernon. Tengo tres hombres ayudándome. Tiene cuatro pies de alto y es tan pesado como el granito. Oh, es una cosa extraña y repugnante, Algernon. Algo impío. ¡Insistiré en que lo destruyas!

—¿Qué es eso? —Algernon alzó la voz con incredulidad.

—Puedes fotografiarlo y estudiarlo, pero tienes que destruirlo. Lo entenderás cuando

veas... cuando veas en qué me he convertido.

Se oyó un sollozo ronco, mientras Algernon luchaba por comprender.

—Ha provocado su malicia en mí... en...

Con el ceño fruncido, Algernon colgó el auricular y comenzó a pasearse por la habitación, ¡el dios elefante de Tsang! —murmuró para sí—. El horror que dibujó Richardson antes de que lo empalaran. Es increíble. Ulman ha cruzado la meseta del desierto a pie; ha cruzado por encima de las tumbas de Steelbrath, Talman, McWilliams, Henley y Holmes. Richardson juró que la cueva estaba protegida día y noche por anomalías leprosas y amarillas. Estoy seguro de que esa es la frase que usó: anormalidades sin rostro, fétidos hombres-bestia esclavos de alguna hechicería maligna. Afirmó que se movían en círculos alrededor del ídolo sobre sus manos y rodillas, y participaron en un rito tan repugnante que no se atrevió a describirlo.

«Su escape fue un verdadero milagro. Era un tipo fuerte; un hombre que puede maldecir valientemente después de tres días de agonizante tortura debe ser necesariamente un gran mago y hacedor de maravillas. Pero no pudo haber sucedido dos veces. Ulman nunca podría haber logrado tanto. Es demasiado frágil: un día en la cruz lo habría acabado. Nunca lo habrían liberado, adornado con flores y adorado como una especie de dios elefante subsidiario. Richardson predijo que ningún otro hombre blanco entraría vivo en la cueva. Y en cuanto a salir...

«No puedo imaginar cómo lo hizo Ulman. Si se encontró con algunos de los hombres-bestia de Richardson, no es de extrañar que... Ulman evidentemente se encuentra en un estado muy nervioso y excitable y tendremos que manejarlo con cuidado.

Aquí llamaron a la puerta.

—No deseo que me molesten —gritó Algernon con irritación.

—Tenemos un paquete para usted, señor. El portero nos dijo que lo trajéramos aquí.

—Oh, está bien. Lo firmaré.

La puerta se abrió de par en par y entraron tres hombres mal vestidos que se tambaleaban bajo una pesada carga.

—Ahí —dijo Algernon, indicando un lugar en la parte trasera de su escritorio.

Los hombres obedecieron con una celeridad que lo asombró.

—¿Te envió el señor Ulman? —preguntó secamente.

—Sí, señor —el rostro del portavoz se había convertido en una moldura de alivio—, el pobre señor dijo que estaría aquí en media hora.

Algernon se sobresaltó.

—¿Por qué dice «pobre»?

El portavoz movió los pies.

—Es por su rostro, señor. Hay algo mal en él. Lo mantiene tapado y no deja que nadie lo mire.

—¡Dios bueno! —murmuró Algernon—. ¡Lo han mutilado!

—¿Qué es eso, señor? ¿Qué dijo?

Algernon se recompuso con un esfuerzo.

—Nada. Puedes irte ahora. El portero te dará un dólar. Llamaré y le diré que te dé un dólar.

Silenciosamente, los hombres salieron en fila. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de ellos, Algernon comenzó febrilmente a quitar los envoltorios de la cosa que estaba en el suelo. Trabajó con recelos manifiestos, el disgusto en sus ojos se convirtió en horror cuando la forma repugnante apareció a la vista.

Las palabras no pueden transmitir adecuadamente la repugnancia de la cosa. Estaba dotada de un tronco y orejas grandes y desiguales, y dos colmillos enormes sobresalían de las comisuras de su boca. Pero no era un elefante. Ni siquiera era análogo a un elefante. Porque las orejas estaban palmeadas y con tentáculos, el tronco terminaba en un enorme disco abocinado de al menos un pie de diámetro, y los colmillos, que se entrelazaban en la base de la estatua, eran tan transparentes como el vidrio.

El pedestal sobre el que estaba sentado era de ónix negro: la estatua en sí, con la excepción de los colmillos, aparentemente había sido cincelada de un solo bloque de piedra, y estaba tan horriblemente moteada, erosionada y descolorida que parecía, en algunos puntos, como si lo hubieran sumergido. Tenía las extremidades anteriores dobladas rígidamente a la altura del codo y sus manos —tenía manos humanas— descansaban con las palmas hacia arriba sobre su regazo. Sus hombros eran anchos y cuadrados y sus pechos y su enorme estómago se inclinaban hacia afuera, amortiguando el tronco. Estaba tan quieta como un Buda, tan enigmática como una

esfinge y tan maligna como una gorgona. Algernon no pudo identificar la piedra en la que había sido tallada, y su brillo verdoso lo perturbó y desconcertó.

Por un momento se quedó mirando incómodo sus ojillos malignos. Luego se estremeció y, sacando una bufanda del perchero del rincón, cubrió con seguridad los rasgos que le repugnaban.

Ulman llegó sin avisar. Avanzó imperturbable dentro de la habitación y posó una mano temblorosa sobre el hombro de Algernon.

—Bueno, Algernon, ¿cómo estás? —murmuró—. Yo... yo estoy contento de volver. Solo ver a un viejo amigo es un consuelo. Pensé, bueno, no importa. Iba a preguntar... a preguntarle, si conocías un buen médico, pero tal vez...

Sobresaltado, Algernon miró hacia atrás por encima del hombro, directamente a los ojos del otro. Solo vio los ojos, porque el resto del rostro de Ulman estaba amortiguado por un pañuelo de seda negra.

—¡Clark! —exclamó—. ¡Por Dios, hombre, me has dado un tremendo susto!

Levantándose rápidamente, hizo girar su silla contra la pared y agarró cordialmente a su amigo por los hombros.

—Es bueno verte de nuevo, Clark —murmuró—. Pero, ¿qué te pasa?

Ulman había caído de rodillas y se estaba ahogando y jadeando.

—Debería haberte advertido que no me toques —gimió—. No puedo soportar que me toquen.

—Pero, ¿por qué?

—Las heridas no han sanado —sollozó—. No quiere que se curen. No puedo soportar que me toquen.

Algernon asintió con simpatía.

—Puedo imaginar lo que has estado pasando, Clark —dijo—. Debes tomarte unas vacaciones. Mañana tendré una charla con el director sobre ti. En vista de lo que has hecho por nosotros, estoy seguro de que puedo conseguirte al menos cuatro meses. Puedes ir a España y terminar tus estudios. La antropología paleontológica es una ciencia tranquilizadora, Clark. Te olvidarás de las perplejidades de la mera investigación arqueológica cuando empieces a hurgar entre los huesos y artefactos que no han sido perturbados desde la Pleistoceno.

Ulman se había puesto de pie y miraba la pared opuesta.

—¿Crees que me he vuelto irresponsable?

Una mirada de tristeza asomó a los ojos de Algernon.

—No, Clark. Creo que simplemente estás sufriendo de alucinaciones visuales. Una neurastenia intensa, ya sabes, puede causar tales ilusiones, y considerando lo que has pasado.

—¡Por lo que he pasado! —Ulman captó la frase—. ¿Te interesaría saber con precisión lo que me hicieron?

—Sí, Clark. Deseo escuchar todo.

—Dijeron que debía acompañar a Chaugnar Faugn al mundo.

—¿Chaugnar Faugn?

—Ese es el nombre por el que lo adoran. Cuando les dije que había venido de América, dijeron que el Gran Chaugnar había querido que yo fuera su compañero. Hay que llevarlo, explicaron, y hay que cuidarlo. Si es amamantado y llevado con seguridad más allá del sol naciente, poseerá el mundo. Y entonces todas las cosas que hay ahora en el mundo, todas las criaturas, plantas y piedras serán devoradas por el Gran Chaugnar. Todas las cosas que son y han sido dejarán de ser, y el Gran Chaugnar llenará todo el espacio con su Unidad. Incluso a sus Hermanos devorará, a sus Hermanos que descenderán de las montañas, voraces de éxtasis, cuando los llame.

»No protesté cuando me explicaron esto. Era precisamente lo que había estado esperando. Había leído el libro de Richardson, ya ves, lo suficiente entre líneas para convencerme de que los devotos de Chaugnar Faugn estaban un poco cansados. No es una deidad muy agradable tener cerca. Tiene algunos hábitos lamentables y muy desagradables.

Un horror estaba tomando forma en los ojos de Ulman.

—Debes disculpar mi frivolidad. Cuando uno se tambalea al borde de un abismo, no siempre es conveniente prescindir de la ironía. Si me pusiera completamente serio, si dejara que... lo que creo, lo que Sé, se fusionara en un concepto definido en mi mente, me volvería loco.

»Supuse, como digo, que los guardianes de la cueva no estaban muy entusiasmados con retener a Chaugnar Faugn indefinidamente. Hizo depredaciones. Los guardianes

desaparecerían en la noche y dejarían sus ropas detrás de ellos. Pero, por más que trataran de deshacerse de su dios, la cosa no era factible. Sería el colmo de la locura intentar enviar a una deidad omnipotente a un largo viaje sin una justificación adecuada. Un dios enojado puede vengarse incluso cuando está en el lado opuesto del mundo, y por eso la mayoría de los bárbaros que se encuentran cargados con una deidad a la que temen y odian se ven obligados a tolerarla indefinidamente.

»Lo único que puede ayudarlos es una leyenda, alguna leyenda oral o escrita que les permitía enviar a su ogro sin alterar su temperamento. Los devotos tenían una leyenda así. En un momento determinado, que la profecía dejó gratificadamente indefinido, Chaugnar Faugn iba a ser enviado al mundo, y también estaba escrito que quienes lo enviaran serían inmunes para siempre de su ira. Sabía de la existencia de esta leyenda, y cuando leí a Richardson y descubrí que el dios era vil y desagradable, decidí que me arriesgaría a hacer un viaje a través de la meseta desértica de Tsang.

—A pie —interrumpió Algernon con admiración manifiesta.

—No había camellos disponibles —asintió Ulman—. Lo hice a pie. Al cuarto día se me acabó el agua y me vi obligado a abrir una vena del brazo. Al quinto día comencé a ver espejismos, probablemente de naturaleza puramente alucinatoria. Al séptimo día —hizo una pausa y miró fijamente a Algernon—, consumí los excrementos de perros salvajes.

Algernon se estremeció.

—¿Pero llegaste a la cueva?

—Llegué. Los guardianes sin rostro que Richardson describió me encontraron arrastrándome por las arenas, en delirio, a media milla al oeste de su santuario. Me recuperaron calentando un pedernal hasta que estuvo al rojo vivo y colocándolo sobre mi pecho. Si el sumo sacerdote no hubiera interferido, debería haber compartido el destino de Richardson.

—¡Dios!

—El sumo sacerdote se llamaba Chung Ga y era diabólicamente considerado. Me llevó a la cueva y me presentó a Chaugnar Faugn. Aquí lo tienes, pero puedes imaginar lo que es verlo en cuclillas, malignamente, en la penumbra de una caverna fétida, por un hombre que no había comido en días.

»Comencé a decirle cosas muy extrañas a Chung Ga. Le confié que el Gran Chaugnar Faugn no era solo una estatua sin vida en una cueva, sino un gran dios universal que llenaba malignamente todo el espacio, que había creado el mundo en un solo instante, simplemente expulsando su aliento, y que cuando finalmente decidiera inhalar, el

mundo desaparecería. También hizo esta cueva, me apresuré a agregar, y tú eres su profeta elegido.

»El sacerdote me miró con curiosidad, sin hablar. Luego se acercó al dios y se postró en éxtasis ante él. Chaugnar Faugn —entonó—, el Acólito Blanco ha confirmado que estás a punto de convertirte en un gran Dios universal llenando todo el espacio. Él te llevará a salvo al mundo y te cuidará hasta que ya no lo necesites. La profecía de Mu Sang se ha cumplido gloriosamente.

»Durante varios minutos permaneció arrodillado a los pies del ídolo. Luego se levantó y se acercó a mí. Mañana partirás con el Gran Chaugnar —dijo—. Te convertirás en el compañero y guardián del Gran Chaugnar.

»Sentí una oleada de gratitud por el hombre. Incluso en mi estado de confusión me di cuenta de que había logrado algo magnífico. Le serviré con mucho gusto —murmuré—, si pudiera tener algo de comida. Chung Ga asintió con la cabeza. Es mi deseo que comas de buena gana —dijo—. Si vas a amamantar al Gran Chaugnar debes consumir una diversidad infinita de frutas. Y carne de animales. Sangre, porque la sangre es el bastón de Chaugnar. Sin ella mi dios se desmayaría, sufriría torturas indecibles.

»Tocó un tambor e inmediatamente me encontré con un cuenco de madera lleno hasta el borde con jugo de granada. Bebe de buena gana —instó—. Tengo motivos para sospechar que Chaugnar Faugn estará hambriento esta noche.

»Estaba tan hambriento que apenas pensé en lo que decía y durante quince minutos consumí sin discriminación todo lo que se me puso delante: hierbas malolientes, leche de oveja, huevos, melocotones y sangre fresca de antílopes. El sacerdote me miró en silencio. Por fin, cuando ya no pude comer más, se fue a un rincón de la cueva y regresó con un colchón de paja. Has cenado de manera muy digna de crédito —murmuró—, y te deseo sueños agradables.

»Con eso se retiró y yo me arrastré agradecido sobre la estera. Mis fuerzas se habían agotado por completo y los peligros que aún debía enfrentar, la repugnante proximidad del Gran Chaugnar y la posibilidad de que el sacerdote hubiera estado desempeñando un papel y regresara para matarme, me llevó a una urgencia física que rayaba en el delirio. Cerré los ojos y caí casi instantáneamente en un sueño profundo.

»Me desperté con un sobresalto y una extraña impresión de que no estaba solo en la cueva. Incluso antes de que abriera los ojos, supe que algo indeciblemente malvado estaba agachado o en cuclillas en el suelo a mi lado. Podía escucharlo jadear en la oscuridad y su hedor estranguló el aliento en mi garganta. Lenta, muy lentamente, traté de levantarme. Un peso descendió sobre mi pecho y me tiró al suelo. Estiré mi mano y encontré una resistencia de hierro. Una pared sólida de algo frío, viscoso e implacable se levantó en la oscuridad para frustrarme.

»En un instante estaba completamente despierto y pidiendo ayuda desesperadamente. Pero nadie vino a mí. Y mientras gritaba, la pared descendió perpendicularmente sobre mí y se quedó sobre mi pecho. Un olor a corrupción surgió de ella y cuando la rasgué con mis dedos emitió un sonido bajo, gorgoteante, que gradualmente aumentó de volumen hasta que despertó ecos en el techo bajo abovedado.

»La cosa había inmovilizado mis brazos, y cuanto más me retorció, más angustiosamente se apretaba a mi alrededor. La constricción aumentó hasta que la respiración se convirtió en una tortura, hasta que toda mi carne palpitó de dolor. Me retorcí y me mordí los labios en un extremo de horror.

»Entonces, abruptamente, la presión cesó y me di cuenta de dos ojos viscosos mirándome a través de la oscuridad. Agonizante, me senté y me pasé las manos por el pecho y los brazos. Una sustancia caliente se deslizó entre mis dedos y con una claridad espantosa se me ocurrió que la cosa había estado chupando mi sangre. La revelación fue devastadora. Con un grito me puse de pie y me puse a correr por la caverna.

»Sentí terror, y mi deseo de escapar de esa temible obscenidad vampírica se convirtió en algo tan irracional que me retiré directamente al trono de Chaugnar Faugn. Se alzaba, enorme, en la oscuridad, un refugio y un santuario. Se me ocurrió que si podía escalar el trono y subirme al regazo del dios, el horror podría dejar de molestarme. Era asqueroso, fétido y maligno más allá de lo creíble, sin duda, pero me negué a atribuirle algo más que una inteligencia animal. Incluso en ese momento de peligro infinito, mientras caminaba temblorosamente hacia el fondo de la cueva, mi mente estaba desarrollando una presunción para explicarlo.

»Indudablemente, me dije a mí mismo, era alguna supervivencia atávica de la era de los reptiles, alguna anomalía caída y abultada que no había experimentado la necesidad de avanzar en el curso de la evolución. Es más probable que todos los animales vertebrados por encima del nivel de los peces y los anfibios se originaran en Asia, y me había transportado imprudentemente a la mar más ronca de ese detestable continente. ¿Era tan asombroso después de todo que me hubiera encontrado, en una cueva oscura e inaccesible, en una meseta prácticamente deshabitada, una blasfemia reptiliana dotada de propensiones tan misteriosas como aborrecibles?

»Fue una presunción cómoda y me sostuvo hasta que llegué al trono del Gran Chaugnar. Me temo que hasta ese instante mi torpeza fue positivamente idiota. Sólo había una explicación realmente adecuada para lo que había ocurrido, pero no fue hasta que subí al trono y comencé a palpar en la oscuridad el cuerpo de Chaugnar que la verdad se precipitó sobre mí. ¡El gran Chaugnar había abandonado su trono! Había descendido a la cueva y deambulaba en la oscuridad. En sus execrables peregrinaciones había tropezado con mi forma dormida.

»Por un instante me agaché inmóvil sobre la piedra, con un horror frío royendo mis órganos. Luego, rápidamente, comencé a descender. Pero no había bajado más que mi pierna derecha cuando algo pesado chocó con la base del trono. Toda la estructura se estremeció y casi me arrojó al suelo. Me niego a insistir en lo que sucedió después de eso. Hay experiencias demasiado repugnantes para una descripción sensata. Si tuviera que contar cómo el horror comenzó a acumularse, babeando, para contar en detalle cómo arrojó su forma a la cima de su trono, y comenzó a respirar con náuseas sobre mí, las dudas que ahora albergas en cuanto a mi cordura se fusionarían en certezas.

»Tampoco describiré cómo me levantó en sus manos repugnantes y fétidas y comenzó a mutilarme con repugnancia, y cómo casi me desmayo bajo la suciedad que babeó de su boca y descendió pegajosa sobre mí. Basta decir que, en algún momento, se cansó, que después de hundir sus viscosas uñas negras en mi cuello, pecho y ombligo hasta que grité de agonía, experimentó un repentino acceso de ira y me arrojó del pedestal.

»La caída me aturdió y durante muchos minutos me tumbé de espaldas sobre las piedras, vagamente consciente sólo de un susurro furtivo en el vacío que me rodeaba. Luego, lentamente, mi visión se aclaró y comprendí la guía de alguna nebulosa y siniestra influencia de mis ojos. Fueron arrastrados hacia arriba hasta que encontraron el pedestal del que había caído y la enorme y viscosa masa de Chaugnar Faugn.

»No es de extrañar que cuando Chung me encontró balbuceando delirantemente en la boca de la caverna, se vio obligado a llevarme a la luz del sol y forzar grandes cucharadas de vino revitalizante por mi garganta reseca. Si había algo inexplicable en la secuela de esa espantosa pesadilla fue la recepción práctica que le dio a mi historia.

»Él asintió con la cabeza cuando le conté mis experiencias en el trono, y me dijo que el incidente concordaba espléndidamente con los profetas de Mu Sang.

»—Tenía miedo —dijo—, que el Gran Chaugnar no lo aceptara como su compañero y guardián, y lo destruya como a los otros, más de los que me gustaría enumerar.

Me estudió intensamente durante un momento. Sin duda, me consideraba un salvaje supersticioso, un bárbaro ridículo. ¿Le sorprendería mucho que le confesara que he pasado ocho años en Inglaterra y que soy un graduado de la Universidad de Londres? Solo pude mirarlo con perplejidad. Tan increíble y espantoso había sido la llegada a la vida de Chaugnar Faugn que las maravillas menores no me impresionaron mucho. Si me hubiera dicho que tenía un ojo en medio de la espalda o una cola de seis metros de largo que mantenía enroscada continuamente alrededor de su cuerpo, no habría mostrado ninguna sorpresa. De hecho, dudo que algo parecido a un cataclismo universal pudiera haberme despertado de mi estupor.

»—Tal vez le asombra que haya elegido mi suerte con los inmundos primitivos en este repugnante lugar y que haya amenazado tan inflexiblemente a sus compatriotas —una añoranza se apoderó de sus ojos—. Su Richardson fue un hombre valiente. Incluso Chaugnar Faugn se compadeció de su valor. No soltó un grito cuando le clavamos estacas de madera en las manos y lo empalamos. Durante tres días nos desafió. Entonces Chaugnar se acercó a él en la noche y lo dejó en libertad. Puede estar seguro de que desde ese instante le dimos toda la consideración. Pero volviendo a lo que sin duda usted llamaría una actitud perversa y atávica de mi parte. ¿Por qué cree que elegí servir a Chaugnar?

»Su recapitulación de lo que le había hecho a Richardson había despertado en mí un resentimiento confuso.

»—No lo sé —murmuré—, eres vil.

»—Ahórreme su oprobio, se lo ruego —exclamó—. Fue el gran Chaugnar hablando a través de mí lo que dictó el destino de Richardson. Yo soy simplemente el intérprete, el instrumento de Chaugnar. Durante generaciones, mis antepasados han servido a Chaugnar, y nunca intenté evadir los deberes que me fueron delegados cuando nuestro mundo era simplemente un pensamiento en la mente de mi dios. Fui a Inglaterra y adquirí un poco de la cultura decadente de Occidente simplemente para poder servir más dignamente a Chaugnar. No imagines ni por un momento que es un dios benéfico. En Occidente han desarrollado ciertas costumbres, a las que presuntuosamente atribuyen un significado cósmico, como la verdad, la bondad, la generosidad, la paciencia y el honor. Mi dios está más allá del bien y del mal y, por tanto, inamovible para tu ética, no puede ser omnipotente.

»—¿Pero cómo sabes que hay leyes benéficas en el universo, que el cosmos es amigable con el hombre? Incluso en la esfera mundana de la vida planetaria no hay nada que sustente tal hipótesis.

»—El Gran Chaugnar es un dios terrible, un dios absolutamente cósmico y antropomórfico. Es similar a las nieblas de fuego y el lodo primordial, y antes de encarnarse en el Tiempo contenía en sí mismo el pasado, el presente y el futuro. Nada fue y nada será, pero todas las cosas son. Y Chaugnar Faugn fue una vez la suma de todas esas cosas.

»Me quedé en silencio y una nota de compasión se deslizó en su voz. Creo que se dio cuenta de que yo no tenía ninguna inclinación de analizar las paradojas de su metafísica trascendental.

»—Chaugnar Faugn —continuó—, no siempre vivió en el Este. Hace muchos miles de años vivió con sus Hermanos en una cueva en Europa Occidental, e hizo con la carne de sapos una raza de pequeñas formas oscuras para servirle. En el contorno corporal,

estas formas se parecían a los hombres, pero eran incapaces de hablar y sus pensamientos eran los pensamientos de Chaugnar.

»La cueva donde vivía Chaugnar nunca fue visitada por hombres, ya que serpenteaba en su retorcida longitud a través de un alto e inaccesible risco de los misteriosos Pirineos, y todas las regiones debajo estaban plagadas de abominables fantasmas. Dos veces al año, Chaugnar Faugn enviaba a sus sirvientes a las aldeas que salpicaban las colinas para traerle el sustento que ansiaba su vientre. Los jóvenes y doncellas elegidos se conservaban con especias y se guardaban en la cueva hasta que Chaugnar los necesitaba, mientras los hombres de las aldeas arrojaban a sus primogénitos a las llamas y ofrecían oraciones a sus inútiles y pequeños dioses, con la esperanza de aplacar así la ira de los insensatos sirvientes de Chaugnar. Pero finalmente llegaron a las colinas hombres como dioses, hombres robustos, con cara de águila que llevaban en sus escudos las insignias de la Roma invencible. Escalaron las montañas en busca de los sirvientes y despertaron un presentimiento cósmico en la mente de Chaugnar.

»Es cierto que sus Hermanos lograron sin dificultad exterminar a las cohortes impías antes de que llegaran a la cueva, pero temía que los rumores del intento de sacrilegio trajeran legiones de constructores del imperio a las colinas y que finalmente su santuario fuese profanado. Así que en cónclave ominoso debatió con sus Hermanos la conveniencia de huir. Roma no era más que un sueño en la mente de Chaugnar y podría haberla destruido por completo en un instante, pero habiéndose encarnado en el Tiempo no quiso recurrir a violencia hasta que se cumplieron las profecías.

»Chaugnar y sus hermanos conversaban por medio de la transferencia de pensamientos en un idioma incomprensible para nosotros y sería tan peligroso como inútil intentar repetir la sustancia exacta de su discurso. Pero está registrado en la profecía de Mu Sang que Gran Chaugnar habló aproximadamente de la siguiente manera: Nuestros sirvientes nos llevarán hacia el este, hasta el continente primigenio, y allí esperaremos la llegada del Acólito Blanco.

»Sus hermanos objetaron: Estamos a salvo aquí —afirmaron—. Nadie volverá a escalar las montañas, porque la condenación que sobrevino a Pompelo resonará en los sueños de los profetas hasta que Roma sea menos temible que Nínive, en la penumbra de la luna, o Ur, rodeada de medusas.

»Ante eso, el Gran Chaugnar se enfureció y afirmó que iría solo al continente primordial, dejando a sus Hermanos para hacer frente a la amenaza de Roma. Cuando se disuelvan los plazos, yo solo ascenderé en gloria —les dijo—. A todos ustedes los devoraré antes de ascender a los oscuros altares. Cuando se acerque la hora de mi transfiguración, descenderéis de las montañas sedientas de Aquello de lo que No se ha de hablar, pero aun cuando vuestros cuerpos anhelan el sacramento que disuelve el tiempo, los consumiré.

»Entonces llamó a los sirvientes y les pidió que lo llevaran a este lugar. Y provocó que Mu Sang naciera del útero de un simio y que las profecías se escribieran en pergamino imperecedero, y se entregó al cuidado de mis ancestros.

»Me puse de pie a tientas.

»—Déjame irme de este lugar —supliqué—. ¡Chaugnar ha bebido mi sangre y seguramente ya no me necesita!

Las facciones del otro estaban convulsionadas por la lástima.

»—Se dice en la profecía que debes ser el compañero de Chaugnar y acompañarlo a América. En unos días experimentará el deseo de alimentarse nuevamente. Debes amamantarlo incesantemente.

»—Estoy enfermo —supliqué—. No puedo llevar a Chaugnar Faugn a través de la meseta del desierto.

»—Haré que los guardianes te ayuden —murmuró Chung Ga con dulzura—. Te llevarán cómodamente a las puertas de Lhasa, y de Lhasa a la costa hay menos de una semana de viaje en caravana.

»Entonces me di cuenta de lo imposible que sería para mí partir sin el Gran Chaugnar.

»—Muy bien —dije—. Me someto a la profecía. Chaugnar será mi compañero y lo cuidaré tan diligentemente como desee.

»Hubo un tono de falta de sinceridad en mi discurso que no pasó desapercibido para Chung Ga. Se acercó mucho a mí y me miró a los ojos.

»—Si intentas deshacerte de mi dios —advirtió—, sus hermanos bajarán de los montes y te desgarrarán indescriptiblemente.

»Vio que tal vez no estaba del todo convencido, porque añadió en un tono más ominoso:

»—Te ha puesto la marca y el sello de un sacramento que disuelve la carne. Destruyelo, y el sacramento se consumará en un instante. La carne de tu cuerpo se volverá negra y se derretirá como sebo al sol. Te convertirás en una masa hirviente de corrupción, una anormalidad fétida y frenética.

Ulman hizo una pausa para aclararse la garganta.

—No hay mucho más en mi historia, Algernon. Los guardianes nos llevaron sanos y

salvos a Lhasa y dos semanas después llegué a la bahía de Bengala, acompañado por medio centenar de mendigos escabrosos y sucios de los templos de las ciudades más repugnantes de la India. Había algo en nuestra caravana que los había atraído. Y durante todo el viaje de Bengala a Hong Kong, los miembros indios y tibetanos de nuestra tripulación se dirigían sigilosamente a mi camarote por la noche y luchaban entre sí por el privilegio de presionar sus repelentes fisonomías contra los cristales cerrados.

»No imagines ni por un momento que no compartí su supersticioso asombro por la cosa que me vi obligado a acompañar. Continuamente anhelaba llevarla a cubierta y arrojarlo al mar. Solo el recuerdo de la advertencia de Chung Ga me mantenía sumiso. No fue hasta semanas después, cuando dejé atrás el Índico y la mayor parte del Océano Pacífico, que descubrí cuán imprudente había sido al prestar atención a sus viles amenazas. Si hubiera arrojado resueltamente a Chaugnar al mar, la vergüenza y el horror nunca me habrían sobrevenido.

La voz de Ulman se estaba elevando, volviéndose estridente e histérica.

—Chaugnar Faugn es un ser horrible y misterioso, repugnante, obsceno y letal, pero, ¿cómo sé que es omnipotente? Puede que Chung Ga me haya mentido maliciosamente. Chaugnar Faugn puede ser simplemente una extensión o distorsión de la naturaleza inanimada. Algún proceso espantoso, aún no observado e inexplicable por la ciencia de Occidente, puede estar operando nocivamente en los lugares desérticos de todo nuestro planeta para producir anomalías diabólicas. Quizás paralela a la vida protoplásmica en la corteza terrestre es esta otra vida aberrante y oculta, la repugnante sensibilidad de las piedras que aspiran, de las formas terrestres, parasitarias y bestiales, que se vuelven ágiles en presencia del hombre.

»¿No creía Cuvier que había habido no una, sino un número infinito de creaciones, y que a medida que nuestra tierra se enfriaba después de su salida del sol, generando una sucesión de fenómenos vitales en su superficie? Concediendo como debemos el ordenado y continuo desarrollo de la vida protoplásmica a partir de formas simples, que Cuvier negó estúpida y ridículamente, ¿no es todavía concebible que otro ciclo evolutivo haya precedido al que ha culminado en nosotros? ¿Un ciclo no protoplásmico?

»Ya sea que aceptemos la teoría laplaciana o no, es permisible creer que la tierra se fusionó muy rápidamente en una masa compacta después de la segregación de sus constituyentes en el espacio y que logró suficiente estabilidad de la corteza para sustentar las entidades animadas hace uno, dos, o quizás incluso cinco mil millones de años.

»No pretendo que la vida tal como la conocemos sea posible en las primeras fases de la consolidación planetaria, pero ¿es posible afirmar dogmáticamente que los seres

que poseen inteligencia y volición no podrían haber evolucionado en una dirección meramente paralela a la celular? como la conocemos, está complejamente ligada a sustancias como la clorofila y el protoplasma, pero ¿excluye eso la posibilidad de una sensibilidad evolucionada en otras formas de materia?

»¿Cómo sabemos que las piedras no pueden pensar; que es posible que la tierra bajo nuestros pies no haya estado alguna vez dotada de una inteligencia espantosa? Pueden haber ocurrido ciclos enteros de evolución animada en este planeta antes de que se desarrollaran las células más primitivas del limo de los mares cálidos. ¡Puede que hayan habido eones de experimentos! Hace tres mil millones de años, en el resplandor ardiente de la tierra que se condensaba rápidamente, ¿quién sabe qué formas monstruosas se arrastraban o se tambaleaban? ¿Y cómo sabemos que no hayan sobrevivido, que en algún lugar debajo de las estrellas, procesos complejos y horribles no estén todavía en funcionamiento, dando forma a lo inorgánico en formas de malevolencia primordial.

»Debería haberlo arrojado a las profundidades de los mares y arriesgarme audazmente al cumplimiento de la profecía de Chung Ga. Porque incluso si hubiera demostrado ser omnipotente, levantándose con furia de las olas o convocando a sus Hermanos, debería haber sufrido simplemente de manera indescriptible por un instante.

La voz de Ulman se había convertido en un grito agudo.

—Debería haber muerto lo suficientemente rápido en la oscuridad si me hubiera encontrado simplemente con la ira de Chaugnar Faugn. No fue sino su furia lo que ha provocado una inmundicia en la carne de mi cuerpo, ennegreciendo mi alma. Un odio furioso ha crecido en mí por todo lo que el mundo tiene de serenidad y alegría.

La voz de Ulman se quebró y por un momento se hizo el silencio en la habitación. Luego, con un movimiento repentino y convulsivo de su brazo derecho, se descubrió todo el rostro.

Estaba de pie casi en el centro de la oficina y la luz de la ventana oriental iluminaba con una claridad espantosa todo lo que quedaba de sus rasgos. Pero Algernon no emitió un sonido, a pesar de que la vista fue lo suficientemente espantosa como para revolver un cadáver. Simplemente se aferró temblorosamente al escritorio y esperó con labios cenicientos a que Ulman continuara.

—Vino de nuevo mientras dormía, bebiendo hasta saciarse, y por la mañana me desperté y descubrí que la carne de mi cuerpo se había vuelto fétida y repugnante, y que mi cara, mi cara...

—Sí, Clark, lo entiendo —La voz de Algernon vibraba con compasión—. Te traeré un

poco de brandy.

Los ojos de Ulman brillaron con una luz espantosa.

—¿Me crees? —gritó—. ¿Crees que Chaugnar Faugn ha provocado esta impureza?

Lentamente, Algernon negó con la cabeza.

—No, Clark. Chaugnar Faugn no es más que un fetiche obscuro. Creo que Chung Ga te mantuvo bajo la influencia de alguna droga potente hasta que él te cortó la cara, y que también te hipnotizó y sugirió cada detalle de la historia que me acabas de contar. Creo que todavía estás bajo el hechizo de ese estado de hipnosis.

—¡Cuando abordé el barco en Calcuta no había nada malo en mi cara! —gritó Ulman.

—Posiblemente no. Pero algún subordinado del sacerdote puede haber administrado la droga y realizado la operación a bordo. Solo puedo adivinar lo que sucedió, por supuesto, pero es obvio que eres la víctima de una espantosa charlatanería. Visité la India, Clark, y tengo un gran respeto por las dotes hipnóticas de los orientales. Es espantoso e increíble cuánto puede lograr un hindú o un tibetano con una simple sugerencia.

—Temí que dudaras —la voz de Ulman se había convertido en un chillido—. Pero te lo juro...

La oración nunca se terminó. Una espantosa palidez cubrió el rostro del arqueólogo, su mandíbula se hundió y en sus ojos apareció una expresión de pánico. Por un segundo se quedó arañando su cuello, como un hombre en medio de un ataque epiléptico. Entonces algo, una fuerza invisible, pareció empujarlo hacia atrás. Ahogándose y jadeando, se tambaleó contra la pared y extendió los brazos en un gesto de súplica frenética.

—¡Mantenlo lejos! —sollozó—. No puedo respirar. No puedo...

Con un grito, Algernon saltó hacia adelante, pero antes de que pudiera llegar al otro lado, el desafortunado se había hundido en el suelo y estaba gimiendo, balbuceando y rodando de una forma repugnante.

2. La atrocidad en el museo.

Algernon Harris salió del metro en la entrada de la calle Cincuenta y Nueve y la Quinta Avenida y comenzó a caminar nerviosamente por la acera frente a un gran letrero amarillo, que tenía la desalentadora leyenda: Los autobuses no paran aquí. Harris estaba ansioso por conseguir un autobús y era obvio por la manera expectante

en la que llamó al primero en pasar que no tenía la menor idea de que había tomado su puesto en el lado equivocado de la calle. No fue hasta que pasaron cuatro autobuses que se despertó a la gravedad de su situación y comenzó a impulsar su persona en dirección a la parada legítima.

Algernon Harris estaba anormal y trágicamente alterado. Pero incluso un hombre que está al borde de un colapso neuropático puede permanecer superficialmente tranquilo, y no es de extrañar que cuando subió a su autobús y se encontró en un asiento visible con su superior oficial, el doctor George Francis Scollard, debería haber asentido: sonrió y respondió con una amabilidad inquebrantable a las preguntas que se le hicieron.

—Recibí su telegrama ayer —murmuró el presidente del Museo de Bellas Artes de Manhattan—, y tomé el primer tren. ¿Llego demasiado tarde para la investigación?

Algernon asintió.

—El forense, un tipo llamado Henry Weigal, tomó mi testimonio y una decisión en el acto. El estado del cuerpo de Ulman no habría permitido demoras. Nunca antes imaginé eso, que la putrefacción podría proceder con una rapidez tan increíble.

Scollard frunció el ceño.

—Insuficiencia cardíaca, me han informado. El forense estaba muy seguro de que la ansiedad y la conmoción eran las únicas causas del colapso letal de Ulman. Pero dijiste algo acerca de que su rostro estaba horriblemente desfigurado.

—Sí. La cirugía plástica lo había vuelto repugnante. Weigal estaba horriblemente agitado hasta que le expliqué que Ulman simplemente había caído en manos de un hábil cirujano oriental con inclinación sádica en el curso de sus peregrinaciones de investigación. Le expliqué que muchos de los nuestros trabajadores de campo regresaron levemente desfigurados y que Ulman simplemente había soportado una exageración del habitual martirio.

—Y cree que la cirugía plástica podría explicar los repugnantes y horribles cambios que mencionó en su carta: el alarmante alargamiento de la nariz del pobre diablo, el aplanamiento y ensanchamiento de sus orejas.

Algernon hizo una mueca.

—Debo creerlo, señor. Es imposible considerar con cordura cualquier otra explicación. El asistente del forense se mostró un poco incrédulo al principio, hasta que Weigal le señaló el precedente malsano que establecerían incluso si insinuaran que el fenómeno no era patológicamente explicable. Quedaríamos en las manos de los espiritualistas,

explicó Weigal. Un oficial de policía no está en libertad de aducir una hipótesis que la oficina del fiscal de distrito no aprobaría. Los periódicos se abalanzarían sobre algo así.

El presidente tosió y se removió inquieto en su asiento.

—Me alegro de que el forense haya tenido una visión tan sensata del asunto. Si hubiera planteado objeciones habríamos recibido una publicidad bastante desagradable. Me estremezco cada vez que veo una referencia al Museo en la prensa popular. Siempre son los aspectos morbosos y sensacionales de nuestro trabajo lo que enfatizan y nunca se presta la menor atención a la precisión.

Por un momento, el doctor Scollard guardó silencio. Luego se aclaró la garganta y recapituló, de una forma un poco más enfática, la pregunta que le había hecho a Algernon en un principio.

—Pero dijiste en tu carta que la nariz de Ulman se había convertido en un repugnante tronco verdoso de casi un pie de largo que continuó moviéndose durante horas después de que el corazón dejara de latir.

Algernon respiró hondo.

—No puedo fingir que no estaba asombrado, consternado y... asustado. Y tan perdido en la discreción que no hice ningún intento de ocultar mi perturbación al forense. No pude permanecer en la habitación mientras examinaban el cuerpo.

—¡Y sin embargo, logró convencer al forense de que podía justificar una muerte natural!

—Me malinterpretó, señor. El forense quería lo mismo. Mi explicación simplemente le proporcionó algo de lo cual agarrarse. Estaba temblando cuando lo hice y debe haber sido obvio para él que estábamos en la presencia de algo impensable. Pero sin la suposición de la cirugía plástica no hubiésemos tenido nada a lo que aferrarnos.

—¿Y todavía da su consentimiento a tal suposición?

—Ahora más que nunca. Y mi asentimiento ya no es un alivio, porque he logrado convencerme de que un cirujano dotado de una habilidad milagrosa podría haber realizado la transformación que describí en mi carta.

—¿Habilidad milagrosa?

—Uso la palabra en un sentido meramente mundano. Cuando uno se detiene a considerar los asombrosos avances que la cirugía plástica ha logrado en Inglaterra y

Estados Unidos durante la última década, es imposible no creer que el cuerpo humano pronto se volverá más maleable que la cera debajo de los escalpelos; y que entre nosotros aparecerán seres con cuerpos tan grotescamente distorsionados que los supersticiosos atribuirán su advenimiento a lo sobrenatural.

»Y podemos aducir más que un «milagro» quirúrgico para explicar el horror en el que se convirtió el pobre Ulman sin invadir ni por un momento el dudoso dominio de la ciencia. Las glándulas regulan el crecimiento y la forma de nuestro cuerpo. Un cambio en la cantidad o calidad de la secreción en cualquiera de las glándulas puede desequilibrar todo el mecanismo humano. Se sabe que ocurren cambios terribles e impensables en el cuerpo adulto durante el curso de enfermedades que involucran inestabilidad glandular. Alguna vez pensamos que los seres humanos dejaban invariablemente de crecer a los veintiún o veintidós años, pero ahora sabemos que el crecimiento puede continuar hasta la mediana edad, e incluso hasta el comienzo mismo de la senilidad, y que con frecuencia ese crecimiento no culmina en un mero aumento de estatura.

»Sin duda ha oído hablar de esa rara y misteriosa enfermedad conocida como acromegalia. Creo que las autoridades difieren en cuanto a su causa precisa, algunos sostienen que se puede rastrear a la tiroides y otros a una alteración pituitaria, pero sabemos, en cualquier caso, que es básicamente una enfermedad glandular de malignidad insuperable. Se caracteriza por un crecimiento anormal del cráneo y la cara, y ocasionalmente de las extremidades, y sus víctimas en poco tiempo dejan de ser reconocibles como humanos. La cara se hincha y se distiende y se convierte en una monstruosa caricatura y el cráneo se alarga y ensancha hasta empequeñecer las dimensiones de la macrocefalia. En casos excepcionales se sabe que el rostro alcanza una longitud de casi un pie.

»Pero no es tanto el tamaño como la forma repugnante del rostro lo que distingue tan trágicamente a los enfermos de esta espantosa enfermedad. Los rasgos no solo crecen, sino que adoptan un tono repelente, parecido al de un simio, y que, a medida que avanza la enfermedad, incluso el cráneo adquiere una conformación simiesca. En resumen, los enfermos de acromegalia se vuelven en poco tiempo casi indistinguibles de los tipos muy primitivos y brutales de ancestros humanos, como el Homo Neandertalensis y la inconfundible caricatura de cejas enormes de Broken Hill, Rhodesia, que Sir Arthur Keith ha llamado la fisonomía más incondicionalmente repulsiva en toda la galería de hombres fósiles.

»La enfermedad de la acromegalia es quizás una indicación más segura del origen del hombre que todos los eslabones perdidos que los antropólogos han exhumado. Demuestra indiscutiblemente que todavía llevamos dentro de nuestros cuerpos el mecanismo del retroceso evolutivo, y que cuando algo interfiere con el funcionamiento normal de nuestras glándulas es muy probable que regresemos, al menos físicamente, a nuestro estado aborigen.

»Y puesto que sabemos que una mera insuficiencia o sobreabundancia de secreciones glandulares puede producir cambios tan devastadores, convirtiendo a los hombres virtualmente en neandertales o grandes simios, ¿qué hay realmente irreconocible en la alteración que experimenté en el pobre Ulman?

»Algún diabolista oriental, diez años antes que Occidente en la esfera de la cirugía plástica y con un conocimiento de la terapéutica glandular no mayor que el que poseían doctores Noel Paton y Schafer, fácilmente podría haber cometido semejante abominación. O supongamos, como lo he insinuado, que no hubo cirugía involucrada, supongamos que este demonio ha aprendido tanto sobre nuestras glándulas que puede enviar hombres de ida y vuelta a través de las brumas del tiempo, ¡más allá de los grandes simios y los salvajes marsupiales y los aborrecibles saurios hasta sus padres primordiales! Supongamos —es un pensamiento horrible, lo sé— que algo remotamente análogo a lo que Ulman se convirtió en una vez fue nuestro antepasado, que hace cien millones de años una forma repugnante de batracio con apéndices parecidos a troncos y grandes orejas chapoteaba obscenamente a través de la cálida naturaleza primitiva de los mares o extendió su fétida longitud sobre los bancos del limo del pérmico.

El señor Scollard se volvió bruscamente y se abalanzó sobre la manga de su subordinado.

—Hay una multitud frente al Museo —murmuró—. ¡Mira!

Algernon se sobresaltó y, levantándose instantáneamente, pulsó la campana de señales sobre la cabeza de su compañero.

—Tendremos que caminar de regreso —murmuró con desánimo—. Debería haber visto los números de las calles.

Su pesimismo resultó bien fundado. El autobús continuó su camino sin descanso durante cuatro cuadras más y luego se detuvo tan abruptamente que el señor Scollard fue sometido a la ignominia de sentarse por un instante en el espacioso regazo de un criado etíope.

—Tengo la buena intención de denunciarlo —le gritó al conductor del autobús mientras bajaba su corpulento cuerpo a la acera.

—¡Déjalo! —Algernon puso un brazo pacificador sobre el brazo de su compañero—. No tenemos tiempo para discutir. Algo terrible ha ocurrido en el Museo. Acabo de ver a dos policías entrar al edificio. Y esos hombres altos caminando arriba y abajo en el lado opuesto de la calle significa que hay reporteros, probablemente Wells del Tribune y Thompson del Times, y...

El señor Scollard agarró el brazo de su subordinado.

—Dime —exigió—, ¿pusiste la estatua en exhibición?

Algernon asintió.

—Hice que lo llevaran al Ala C anoche. Después de la investigación sobre el pobre Ulman fui asediado por reporteros. Querían saber todo sobre el fetiche y, por supuesto, tuve que decirles que estaría en exhibición. Eventualmente habrían regresado todos los días durante semanas para molestarme si no les hubiera asegurado que la bestia de un millón de cabezas tendría la oportunidad de balbucear y mirar boquiabierta. Ayer por la tarde todos los periódicos publicaron especiales al respecto. El News-Graphic publicó un artículo en la primera plana. Me quedé en mi oficina hasta las once, y toda la noche, a intervalos de medio minuto, algún tonto me llamaba y me preguntaba cuándo iba a exhibir la cosa, si realmente se veía tan repulsiva como sus fotografías, y de qué tipo de piedra estaba hecha y... ¡oh, Dios! Estaba demasiado nervioso y alterado. decidí que lo mejor sería satisfacer la estúpida curiosidad del público permitiéndoles ver la cosa hoy.

Los dos hombres caminaban rápidamente en dirección al Museo.

—Además, ya no era necesario que lo guardara en la oficina. Lo había medido y fotografiado y sabía que Harrison y Smithstone no querrían tomar un molde hasta la próxima semana. Y no pude haber elegido un lugar más seguro para él que el Ala C. Está acordonado, ya sabes, y solo está a dos pasos de distancia de la puerta. Cinney puede verlo toda la noche desde su puesto en el pasillo.

Cuando Algernon y el señor Scollard llegaron al Museo, la multitud había alcanzado proporciones alarmantes. Se vieron obligados a abrirse camino agresivamente a través de una sólida falange y someterse durante quince minutos a espantosos abusos a su dignidad personal. E incluso en los vestíbulos fueron rechazados con descortesía. Un policía pelirrojo los fulminó con la mirada y detuvo su avance con un gesto amenazador.

—¡Hasta aquí! —gritó—. ¡Si no tienes una placa de policía no puedes pasar!

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Algernon con autoridad.

—Un tipo ha sido asesinado.

Algernon sacó una tarjeta y se la arrojó a la cara al oficial.

—Soy el curador de arqueología —afirmó enojado—. Creo que tengo derecho a entrar

en mi propio museo.

Los modales del oficial se suavizaron perceptiblemente.

—Entonces supongo que está bien, amigo. El jefe me dijo que no debía dejar fuera a ninguno de los tipos que trabajan aquí. ¿Qué tal tu amigo?

—Puede admitirlo con seguridad —murmuró Algernon con una sonrisa—. Es el presidente del Museo.

—¿Oh si? —el policía miró al señor Scollard dubitativo por un momento. Luego se encogió de hombros y se hizo a un lado complacientemente—. Supongo que está bien, amigo —repitió sentenciosamente—. El jefe no dijo nada sobre presidentes, pero supongo que ambos pueden entrar.

Un asistente los saludó con entusiasmo cuando cruzaron la valla policial:

—Es horrible, señor —jadeó, dirigiéndose al señor Scollard—. Han asesinado y apuñalado a Cinney, señor. Está todo cortado, destrozado. No lo hubiera reconocido si no fuera por su ropa. No queda nada de su rostro, señor.

Algernon palideció.

—¿Cuándo sucedió? —jadeó.

El asistente negó con la cabeza.

—No puedo decirlo, señor Harris. Debe haber pasado de anoche, pero no puedo decir exactamente cuándo. Lo primero que supimos fue cuando el señor Williams bajó corriendo las escaleras con las manos ensangrentadas. Eso fue a las ocho de la mañana, hace unas dos horas. Acababa de entrar, y todos los demás asistentes estaban en la sala de recepción poniéndose sus uniformes. Es decir, todos excepto Williams. Y este suele llegar media hora antes; le gusta venir temprano y charlar con Cinney antes de que se abran las puertas.

El rostro del asistente estaba convulsionado por el terror y hablaba con considerable dificultad.

—Fui el único que lo vio bajar las escaleras. Estaba parado aquí y tan pronto como apareció a la supe que algo andaba mal con él. Fue de un lado a otro de las escaleras y se aferró a los pasamanos para evitar caer. Su rostro estaba tan blanco como el papel.

Los ojos de Algernon no abandonaron el rostro del asistente.

—Continúa —instó.

—Abrió mucho la boca cuando me vio. Fue como si quisiera gritar y no pudiera. No salió ni un sonido —el asistente se aclaró la garganta—. No pensé que llegaría al final de las escaleras y llamé a los chicos del guardarropa para que me echaran una mano.

—¿Qué pasó después?

—No habló durante mucho tiempo. Uno de los chicos le dio un trago de una petaca y el resto de nosotros nos quedamos a su lado, tratando de tranquilizarlo. Pero estaba temblando, seguía moviendo la cabeza, señalando hacia las escaleras. Una espuma se le formó por toda la boca. Era horrible, me recordaba a un perro con rabia. Entonces le pregunté: ¿Qué te pasa, Jim? ¿Qué viste? Y él respondió: ¡El gusano del infierno! ¡La horrible mascota del diablo! Dijo cosas que no puedo repetir, señor. Cosas horribles, impías. Soy un hombre temeroso de Dios, señor, y hay blasfemias. No me atrevo a ensuciarme la boca. Pero le diré lo que dijo cuando terminó de hablar sobre el gusano del infierno. Dijo: Cinney está arriba pudriéndose sobre su vientre y no hay una gota de sangre en sus venas.

»Subimos las escaleras más rápido que un rayo después de que él nos dijo eso. No sabíamos qué significaban sus palabras, pero la sangre en sus manos las hacía parecer terriblemente importantes. Confirmaron lo que temíamos, señor, si entiende lo que quiero decir.

Algernon asintió.

—¿Y encontraste a Cinney... muerto?

—Peor que eso, señor. Todo negro y encogido y luciendo como si hubiera estado usando ropa cuatro tallas más grande. Su rostro había desaparecido, señor, todo devorado. Lo recogimos. No era más pesado que un niño pequeño, y lo acosté en un banco en el pasillo. Nunca había visto tanta sangre en mi vida. El piso estaba resbaladizo. Y el gran animal de piedra que nos hizo llevar goteaba sangre, especialmente su tronco. Me enfermó un poco. Nunca me gustó ver sangre.

—¿Crees que alguien atacó a Cinney?

—Se veía de esa manera, señor Harris. Como si alguien lo hubiera atacado con un cuchillo. Debe haber sido un cuchillo muy grande, de carnicero o algo así. Esa no es una forma muy agradable de decirlo, señor, pero eso es lo que me llamó la atención. Como si alguien lo confundiera con un trozo de cordero.

—¿Y qué más encontraste cuando lo examinaste?

—No hicimos mucho examen. Lo dejamos tumbado en el banco hasta que vino la policía.

—¿Y qué hizo la policía cuando llegó?

—Nos hizo un millón de preguntas locas, señor. ¿El señor Cinney quedó desfigurado en la guerra? ¿El señor Cinney tenía el hábito de llevar una máscara? ¿Y había recibido el señor Cinney cartas amenazadoras de chinos o hindúes? Y cuando les dijimos que no, parecieron asustarse un poco. Si no es un asesinato, dijeron, nos enfrentamos a algo que no es natural. Pero tiene que ser un asesinato.

Algernon no esperó a escuchar más. Dejando a un lado al asistente, subió corriendo las escaleras. El señor Scollard lo siguió con el rostro ceniciento. Fueron recibidos en el pasillo superior por un hombre alto con ropa raída y que no le quedaba bien, quien detuvo su avance con el ceño fruncido y un torrente de insultos impacientes.

—¿A dónde creen que van? —preguntó—. ¿No di órdenes de que nadie debía venir aquí?

—Mire —dijo Algernon con impaciencia—, este caballero es el presidente del Museo y tiene perfecto derecho a ir a donde quiera.

El hombre alto se disculpó.

—Pensé que eran periodistas —murmuró confuso—. No tenemos nada que se parezca ni remotamente a una pista, pero esos tipos siguen apareciendo aquí cada diez minutos para interrogarnos. Son peores que los abogados. Vengan por aquí, señores.

Los condujo más allá de un pequeño grupo de asistentes, fotógrafos y expertos en huellas dactilares hacia la parte norte del corredor.

—Ahí está el cuerpo —dijo, señalando hacia una forma cubierta con sábanas que yacía despatarrada en un banco bajo cerca de la ventana—. Les agradecería que ustedes, caballeros, entrecerrasen los ojos en la cara del pobre muchacho.

Algernon asintió con la cabeza y, al levantar una esquina de la sábana, miró fijamente durante un instante lo que quedaba del semblante del pobre Cinney. Luego, con un estremecimiento, cedió su lugar al señor Scollard. Su mérito fue no gritar. Solo el temblor de su labio inferior delataba la repugnancia que lo llenaba.

—Lo vieron en el piso del pasillo hace unas dos horas —explicó el detective—. Pero el tipo que lo encontró no está aquí. Lo tienen con camisa de fuerza en Bellevue y no parece que nos sea de mucha ayuda. Estaba gritando como loco por algo que dijo que salió del infierno cuando lo metieron en la ambulancia. Eso es lo que atrajo a la

multitud.

»—¿No cree que Williams podría haberlo hecho? —murmuró Algernon.

—Ni remotamente. Pero vio al asesino bien, y si podemos hacer que hable... —se volvió bruscamente hacia Algernon—. Parece que sabe algo sobre esto, señor.

—Solo lo que recogimos en la planta baja. Hablamos con uno de los asistentes y nos explicó sobre Williams y la pista china, o hindú.

Los ojos del detective brillaron.

—¿Qué chino? ¿Hay un chino mezclado en esto? Es lo que he estado pensando todo el tiempo, pero no tenía mucho para continuar.

—Me temo que nos estamos involucrando en un círculo vicioso —dijo Algernon—. Me refería a las preguntas que le hizo la policía. Willy dijo que estaban trabajando bajo la impresión de que Cinney recibió amenazas de un chino o algo así.

El detective negó con la cabeza.

—No es tan simple —afirmó—. No tenemos ninguna evidencia de que un chino lo haya hecho. Podría haber sido un japonés o hindú o incluso un isleño de los mares del Sur. Es decir, si los isleños de los mares del Sur comieran arroz.

—¿Arroz? —Algernon miró al detective con incredulidad.

—Sí. En un cuenco. No soy una autoridad, pero supongo que no usan mucho los palillos fuera de Asia.

Entró en el Ala C y regresó con un cuenco de madera y dos astillas largas de madera.

—Todas esas manchas oscuras cerca del borde son manchas de sangre —explicó, mientras le entregaba la horripilante exhibición a Algernon—. Incluso el arroz está manchado de sangre. Tiene un aspecto pegajoso y desagradable, el tipo de cosas con las que un destripador amarillo se llenaría las tripas.

Algernon se estremeció y le pasó el cuenco a Scollard, que estuvo a punto de dejarlo caer en su prisa por devolvérselo al detective.

—¿Dónde lo encontró? —el presidente habló en un susurro tenue.

—En el suelo, frente al gran elefante de piedra. Ahí es donde se llevó a cabo el asesinato. Hay sangre en todo el elefante, si se supone que es un elefante.

—No lo es —dijo Algernon.

—¿Eh? Bueno, como sea, podría decirnos cómo era el asesino de Cinney. Daría los dedos de mi pie izquierdo si pudiera hablar.

—No habla —dijo Algernon con decisión.

—No estaba bromeando —lo amonestó el detective—. Simplemente estaba señalando que ese elefante podría darnos la verdad sobre un terrible asesinato.

Algernon aceptó la reprimenda en silencio.

—No hay ninguna duda de que un chino o hindú o algún extranjero loco se coló aquí anoche, se sentó frente a ese elefante y comenzó a comer arroz. Tal vez estaba de humor para ir a la iglesia y confundió a la bestia con uno de sus dioses paganos. Parece una estatua pagana, como uno de esos Budas sonrientes que ponen en todas las ventanas de Van Tine's.

Algernon sonrió irónicamente.

—Pero, sin duda, único —murmuró.

—Sí. Más grande y de aspecto más feo, pero una estatua pagana a fin de cuentas. Apuesto a que en realidad fue adorada una vez.

—Sí —advirtió Algernon—, está indudablemente en la tradición religiosa. A pesar de su horror, tiene todas las características de una divinidad oriental inactiva.

—No hay nada más peligroso que interferir con un oriental cuando está diciendo sus oraciones —continuó el detective—. He estado en redadas en Chinatown, y lo sé. Ahora, esto es lo que creo que sucedió. Cinney está de pie en el pasillo y de repente oye al chino murmurar para sí mismo en la oscuridad. Él está naturalmente asustado y por eso lo apunta con su linterna. La luz entra en los ojos del chino y lo pone en marcha.

»Es una buena forma de insultar a un chino que está en cucullas, en la oscuridad, con un estado de ánimo de adoración. Así que el chino va por el pobre muchacho con un cuchillo. Un hombre blanco habría hecho un trabajo rápido, pero no puedes contar con lo que hará un chino cuando algo lo asusta. Son una raza cruel e irracional. El impulso de cortar y mutilar está en su sangre. Es una especie de segunda naturaleza para ellos. Y si algo les impide vengarse de ti cuando los provocas, harán un hari-kari ante tus ojos. Los he visto intentarlo. Un grupo loco, loco. Y los hindúes son simplemente iguales. Si no es un chino, tiene que ser un hindú.

Algernon asintió con impaciencia.

—Puede haber algo en su teoría, sargento. Pero hay muchas cosas que no explica. ¿Qué fue lo que vio Williams?

—Nada más que a Cinney yaciendo muerto en el pasillo. Nada más que Cinney mirándolo sin rostro y ese horrible animal pagano con sangre por toda la boca.

Algernon lo miró fijamente.

—¿Sangre en la boca?

—Claro. Por toda su boca, trompa y colmillos. Nunca había visto tanta sangre en mi vida. Eso es lo que vio Williams. No me extraña que lo asustara tanto.

Hubo una conmoción en el pasillo. Alguien sollozaba y suplicaba de la manera más fantástica a unos pocos metros de donde estaban los tres hombres. El detective se volvió y gritó una orden cortante.

—¡Quien sea, tráiganlo aquí!

Se escuchó un chillido espantoso y dos hombres vestidos de civil emergieron por un recodo del pasillo con un oriental diminuto y lloroso.

—¡El chino! —murmuró Scollard con asombro.

Por un segundo, el detective se asustó demasiado para moverse, y su inmovilidad de alguna manera animó al chino a separarse de sus captores y postrarse en el suelo a los pies de Algernon.

—Eres mi amigo —sollozó—. Eres un hombre muy bueno. Te vi en un sueño de fuego verde. En sueños, cuando grandes animales verdes bajaron de la montaña, te vi a ti y a Gautama Siddhartha. Todos los grandes animales verdes querían sangre, mucha sangre. En sueños, Gautama Siddhartha dijo: ¡Te quieren!. Dije: ¡No! Por favor!. Entonces Gautama Siddhartha dejó caer la joya de la sabiduría. Ve al museo. Ve al bloque redondo del museo grande, y el gran animal verde te comerá rápido. No te convertirá en un fuego oscuro. Te comerá rápido antes de hacer fuego oscuro para el hombre americano. Toda la noche he estado sentado aquí. Toda la noche dije: ¡Cómeme. Por favor! Pero el gran animal verde durmió hasta que llegó el hombre americano. Luego se movió. Muy rápido se movió. Le dio un abrazo muy fuerte. El hombre americano gritó y el gran animal verde bebió toda su sangre.

El chino sollozaba desenfrenadamente. Algernon se inclinó y lo ayudó a ponerse de pie.

con suavidad.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó, para calmarlo—. ¿Dónde vives?

—Soy el jefe de una gran lavandería en la calle —murmuró el chino—. Mi nombre es Hsieh Ho. Soy un buen hombre, como tú.

—¿A dónde fuiste cuando el elefante cobró vida?

El labio inferior del chino tembló convulsivamente.

—Me escondí detrás de la gran dama blanca.

A pesar de la gravedad de la situación, Algernon no pudo reprimir una sonrisa. La gran dama blanca era una estatua de Venus y era tan enorme que ocupaba casi la totalidad del ala. Era un santuario perfecto, pero había algo ridículamente incongruente en la búsqueda de refugio de un chino en un lugar así.

Uno de los detectives, sin embargo, confirmó el absurdo.

—Por eso lo encontramos, señor. Estaba acostado de espaldas, llorando y gimiendo y haciendo muecas al techo. Es nuestro hombre. Le sacaremos la verdad en diez minutos.

El sargento jefe asintió.

—Puedes apostar que lo haremos. Ponle los grilletes, Jim. Los chinos son rápidos.

A regañadientes, Algernon entregó a Hsieh Ho a sus captores.

—Le sugiero que lo trate con amabilidad —dijo—. Tuvo la desgracia de presenciar algo espantoso y sin precedentes. Está tan desprovisto de inclinaciones criminales como el señor Scollard.

El detective enarcó las cejas.

—No lo entiendo, señor. ¿Está sugiriendo que no lo encerremos?

Algernon asintió.

—Si intenta cualquiera de sus repugnantes tácticas con ese pobre hombrecillo, responderá en el tribunal ante mi abogado. Ahora, si no le importa, echaré un vistazo al Ala C.

El detective frunció el ceño. Quería decirle a Algernon que se fuera al infierno, pero de alguna manera la inflexión de autoridad en la voz de este último trabó su lengua, y con un hosco encogimiento de hombros escoltó al grupo hasta la presencia de Chaugnar Faugn.

Si las graciosas figuras del panteón griego se nos aparecieran con sangre en sus vestiduras, retrocederíamos horrorizados. No es que el gran Chaugnar desprovisto de sangre le hubiera parecido amigable. A decir verdad, era tan espantoso que no se necesitaba sangre para proclamar su malignidad inherente. Pero ahora parecía más que maligno. Era como si un oscuro y oculto horror hubiera surgido de su sucia guarida con todos sus festines aferrándose innoblemente al cabello alrededor de su boca. Era como si la hiena hubiera cargado al hombro su presa, como si el buitre hubiera ido aleteando por el cielo con todo su exceso dispersado en vómito sobre su repugnante pecho.

Algernon no miró directamente a Chaugnar Faugn al principio. Estudió el suelo de baldosas de mármol que rodeaba la base del ídolo y trató de distinguir en la penumbra el lugar exacto donde se había acostado Cinney. El intento resultó confuso. Había manchas oscuras en casi todas las demás baldosas y casi todas tenían la misma circunferencia.

—Allí es donde encontramos el cadáver —dijo el detective con impaciencia—. Justo debajo de la trompa del elefante.

A Algernon se le heló la sangre. Lenta, muy lentamente, porque temía enfrentarse a lo que tenía delante, levantó los ojos hasta que estuvieron a la altura de los hombros del detective. Estos ocultaban una parte de Chaugnar Faugn, pero todo el lado derecho de la cosa y la extremidad de su tronco eran horriblemente visibles. No dijo una palabra. Ni siquiera se movió. Pero un hilo de sangre salió de sus labios.

El señor Scollard miraba a su subordinado con ojos asustados.

—Dios, hombre, ¿qué es?

—¡Ha movido su tronco! —la voz de Algernon vibraba de horror— Se ha movido desde ayer. No puede ser. ¡Ayer era vertical, hoy está doblado en un ángulo de cuarenta y cinco grados!

El señor Scollard jadeó. Sintió un espantoso horror agitándose y revolviéndose en la parte posterior de su cabeza.

—¿Está seguro? —murmuró.

—Sí, sí. En la emoción nadie lo ha notado, pero si llamas a los asistentes, ¡espera!

El presidente había comenzado a hacer eso mismo, pero la advertencia de Algernon lo detuvo en seco.

—No debería haber sugerido eso —murmuró al oído de Scollard—. Los asistentes no deben ser interrogados. Todo es demasiado espantoso, inexplicable y loco. Tenemos que mantenerlo fuera de los periódicos, buscar una solución en secreto. Conozco a alguien que puede ayudarnos. La policía no puede, y ni siquiera debemos dejar que sospechen lo que pensamos, lo que tememos. Tenemos que callarlo. Por el bien del Museo.

El detective los miraba con lástima.

—Caballeros, será mejor que salgan de aquí —dijo—. No están acostumbrado a imágenes como esta. Cuando era nuevo en este asunto, me ponía blando con los cadáveres. No podía soportar verlos, solía arrodillarme y rezar, cuando nadie estaba mirando. Todos somos así al principio.

Algernon dominó con esfuerzo su agitación.

—Tiene razón, sargento —dijo—. El señor Scollard y yo reconocemos que este asunto es demasiado perturbador. Así que nos retiraremos, como sugiere. Pero debo insistir de nuevo en que se abstenga de encerrar al pobre Hsieh Ho.

En el pasillo evadió al señor Scollard, se hizo a un lado por un momento; luego se acercó al detective y le entregó una tarjeta.

—Si me necesita, dentro de las próximas horas me encontrará en esta dirección —dijo—. Scollard regresa a su casa en Brooklyn. Encontrará el número de teléfono en el directorio, pero espero que no lo moleste a menos que surja algo realmente serio.

El detective asintió y leyó en voz alta la dirección de la tarjeta de Algernon: Imbert Dr. Henry.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó impertinentemente.

Algernon asintió.

—Sí, sargento. El etnólogo estadounidense más destacado. ¿Ha oído hablar de él?

Para asombro de Algernon, el sargento asintió.

—Sí. Una vez me interesé un poco en el tema. Estuve en un caso extraño hace unos dos años. Una anciana fue atropellada por una flecha envenenada. Se dijo que fue el

trabajo de uno de esos pigmeos africanos. Seguimos la pista y atrapamos al asesino justo cuando estaba por ingerir cianuro. Si no hubiera sido por Imbert, nunca hubiéramos atrapado al tipo.

El señor Scollard y Algernon bajaron juntos las escaleras. Pero en el vestíbulo se separaron, el presidente todavía bajaba los atestados escalones exteriores en dirección al autobús mientras Algernon buscaba su oficina.

—Cuando Imbert vea esto —murmuró mientras extraía una fotografía de Chaugnar Faugn de su escritorio—, será el etnólogo más perturbado que este planeta ha albergado desde el Pleistoceno.

3. Una digresión arqueológica.

—La figura es totalmente desconocida —dijo el doctor Imbert—. Nada que se parezca ni remotamente a los dioses de mitología asiática o africana.

Frunció el ceño y le devolvió la fotografía a su joven visitante, quien la depositó en el brazo de su silla.

—Confieso —continuó—, que me desconcierta y me perturba. Es absurdamente arqueológico, si entiendes lo que quiero decir. No es el tipo de cosas que uno podría imaginar.

El joven Harris asintió.

—Nunca podría haberlo imaginado. Visualizo las cosas innombrables constantemente, pero nunca podría haber imaginado nada así.

—Racial —dijo Imbert—. Creo que esa es la palabra que estabas buscando a tientas. Esa cosa es una encarnación simbólica de la herencia imaginativa masiva de todo un pueblo. Es una composición, como las epopeyas homéricas o la Esfinge de Giza. Es tan contradictoria en su concepción y tan inexplicablemente asquerosa que uno apenas puede concebir a un simple individuo en cualquier parte del mundo sentado deliberadamente creándolo a partir de su propia imaginación. Admitiré que un artista excepcionalmente dotado podría ser capaz de imaginarlo, pero dudo que tal obscenidad pudiera formarse alguna vez en el cerebro humano sin una razón de ser. Y ningún individuo que viva en un estado civilizado experimentaría la necesidad, el deseo de imaginar tal cosa y, menos aún, de darle una expresión objetiva.

»La locura, por supuesto, podría explicarlo, pero las llamadas ensoñaciones interpretativas de los locos son casi siempre de naturaleza previsible. Por grotescas y absurdas que puedan ser a veces, ciertas imágenes aparecen en ellas una y otra vez y estas imágenes son definitivamente significativas. Siguen patrones, son

representaciones toscas y distorsionadas de objetos familiares y personas. Las morbilidades de las que surgen han sido estudiadas y clasificadas y un alienista que conoce su oficio normalmente puede descifrarlas. Si alguna vez ha examinado un lote de dibujos de un manicomio, habrá notado cómo los mismos motivos ocurren repetidamente y cuán poco imaginativos son tales cosas desde un punto de vista sano y sofisticado.

»Por supuesto, es cierto que las creaciones populares de los pueblos primitivos generalmente encarnan o simbolizan preocupaciones humanas definidas, pero de manera más audaz e imaginativa, y ocasionalmente se apartan de lo predecible hasta tal punto que incluso nuestros expertos se ve obligado a levantar las manos.

»Siempre he creído que la mayoría de las monstruosidades que figuran de manera tan conspicua en los panteones de las razas bárbaras: serpientes emplumadas, sacerdotes con cabezas de animales, esfinges, etc., son concepciones sintéticas. Supongamos, por ejemplo, que una tribu de bárbaros razonablemente ilustrados está animada por el impulso social único de la agricultura cooperativa y se ve movida a encarnar sus ideales en algún fetiche colosal diseñado para sugerir tanto la fertilidad como la hermandad, digamos, una gran piedra Magna Mater para abrazar todas las clases y condiciones de hombres. Entonces supongamos que la agricultura cooperativa cae en descrédito y la tribu se obsesiona por los sueños de la conquista marcial.

»¿Qué sucede entonces? Los tambores rituales de la Diosa Madre se convierten en tambores de guerra. Se coloca una lanza entre sus brazos extendidos, la expresión de su rostro cambia de benignidad a ferocidad, grandes cortes cincelados aparecen en sus mejillas, pintura roja manchada en sus brazos, pechos y hombros y sus orejas cortadas. Deje pasar otra generación y la diosa demoníaca de la guerra se transformará en otra cosa, tal vez en un símbolo del libertinaje más inmundo. En cien años, el fetiche original se habrá convertido en una monstruosa caricatura, un registro en piedra de los pensamientos y emociones de generaciones de hombres.

»Es tarea del etnólogo y del arqueólogo descifrar tales registros, y si nuestro científico es lo suficientemente erudito y diligente, puede, como usted sabe, proporcionar una razón para cada peculiaridad. Los eruditos competentes han rastreado, de manera aproximada, el avance o retroceso de los grupos raciales en direcciones éticas y estéticas simplemente mediante el estudio y la comparación de sus objetos de culto. Pero de vez en cuando nuestro etnólogo se encuentra con una nuez que no puede romper, un dios o una diosa tan diabólica o grotesca o repugnante en su conformación que es imposible vincularla asociativamente incluso con la más repugnante de las regresiones tribales.

»Es un hecho notorio que los humanos tienen menos probabilidades de avanzar que de retroceder en el curso de la evolución, y que los ídolos y fetiches que originalmente fueron concebidos con un espíritu comparativamente noble, muy a menudo se

convierten, con el transcurso del tiempo, en encarnaciones de lo bestial y lo inmundado. Es posible que el culto que ahora emplean los bosquimanos africanos y los aborígenes australianos haya sido considerablemente menos repugnante hace diez o quince mil años. Es imposible predecir las profundidades a las que puede descender una raza y la terrible transformación que puede ocurrir en sus imágenes sagradas.

»Y así, de vez en cuando, encontramos formas sobre las que apenas nos gusta especular, formas tan complicadamente viles que ni siquiera tienen contrapartes análogas en la mitología comparada. Tu fetiche es de esa naturaleza. Es, como digo, absurdamente arqueológico y difiere inconfundiblemente, aunque estoy dispuesto a admitir un parecido superficial con las caricaturas distorsionadas evocadas por futuristas y lunáticos. Sólo la disolución racial y la decadencia que se extiende a lo largo de una gran cantidad de años podría, en mi opinión, explicar una anomalía tan espantosa.

Se inclinó hacia delante y golpeó significativamente a Algernon en la rodilla.

—No me has contado su historia —advirtió—. La reticencia es una prerrogativa del arqueólogo, y en nuestro trabajo siempre es una ventaja, pero para un joven eres casi anormalmente adicto a ella.

Algernon se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—En realidad, rara vez soy reticente —dijo—. En el Museo todos piensan que hablo demasiado. Tengo una manera exuberante y oficiosa a veces que horroriza positivamente al señor Scollard. Pero este asunto es tan... tan fuera de toda experiencia normal que he estado temiendo poner a prueba su credulidad.

El doctor Imbert sonrió.

—Tus libros revelan que eres un erudito muy cauteloso y honesto —dijo—. No creo que me sienta inclinado a cuestionar la veracidad de lo que sea que decidas decirme.

—Muy bien —dijo Algernon—. Entonces me relajaré. Pero debo suplicarle que suspenda el juicio hasta que haya escuchado todas las pruebas. Uno puede aducir explicaciones racionales para cada uno de los incidentes que describiré, pero cuando uno los ve en la secuencia en la que ocurrieron, se resuelven en un enigma devastadoramente espantoso.

Muy lacónicamente, sin timidez ni afectación, Algernon relató todo lo que sabía y todo lo que conjeturaba y sospechaba. El doctor Imbert lo escuchó en silencio. Pero sus ojos, mientras escuchaba, brillaron de horror y su barbilla mostraba una agitación imposible de describir.

—Dudo que pueda ayudarte —dijo, cuando Algernon terminó—. Esto trasciende toda mi experiencia.

Siguió un silencio. Entonces Algernon farfulló histéricamente.

—¿Pero qué vamos a hacer? ¡Seguro tienes algo que sugerir!

El doctor Imbert se puso de pie, tembloroso.

—Conozco a alguien que, tal vez, pueda ayudar. Es un recluso, un psíquico, un intelecto magnífico obsesionado por los misterios y los misticismos. Pongo poca fe en esas cosas, para mí es una degradación. Pero yo... Te llevaré con él. Dios sabe que estás en problemas, eso es obvio para mí. Y este hombre puede sugerir algo. Roger Little es su nombre. Sin duda has oído hablar de él. Solía ser un investigador criminal. Uno bueno, un psicólogo, perspicaz, erudito, astuto, no un mero detective de novelas policíacas.

Algernon asintió comprensivamente.

—Vayamos con él de inmediato —dijo.

4. El horror en las colinas.

Fue mientras Algernon y el doctor Imbert viajaban en el metro hacia la residencia de Roger Little en el distrito de Queens cuando se anunció el Horror al mundo. Un relato de su manifestación inicial había sido enviado desde España al mediodía a un gran sindicato de noticias estadounidense y todos los periódicos de Nueva York tenían algo al respecto en sus ediciones nocturnas. El relato de News-Graphic fue quizás el más inquietante en sus implicaciones. Un redactor había conjeturado que las atrocidades se distinguían por algo extravagante, algo completamente inexplicable, y al elegir su dicción con un cuidado inusual había logrado transmitir a sus lectores poco agradecidos un cosquilleo de espanto, de terror.

MASACRE EN LOS PIRINEOS.

«Las autoridades están completamente desconcertadas. ¿Quién querría asesinar a catorce simples campesinos? Fueron encontrados al atardecer en la cima de la montaña. Todos yacían en fila, muy quietos, muy pálidos, muy silenciosos bajo el suave cielo español. A su alrededor se extendía la nieve recién caída y junto a ellos había marcas peculiares y desconcertantes. Los hombres no dejan huellas de un metro de ancho. ¿Y por qué todas las víctimas estaban colocadas tan uniformemente en fila, decapitados, sin sangre en sus cuerpos, desnudos sobre la nieve?»

5. El sueño de Little.

—¿Por qué buscas el consejo de un viejo idiota excéntrico que ha dejado de traficar con el crimen? —murmuró Roger Little.

Miraba fijamente el fuego. El espeluznante resplandor que fluía hacia la habitación iluminaba tanto los nítidos contornos de su perfil que Algernon se quedó en silencio de asombro.

—Una presencia positivamente satánica —murmuró para sí mismo—. El facsímil exacto de un hechicero del *Malleus Maleficarum*. Lo hubieran quemado en el siglo XV.

—Asesinato —resumió Little—, se ha convertido en un arte miserable e incluso las obras maestras más atrevidas de la escuela contemporánea están compuestas de ingredientes inferiores torpemente combinados. Los hombres ya no viven con miedo a lo desconocido, y esa total y absoluta desintegración del alma que los sabios todavía llaman maldad psíquica ya no motiva nuestras mayores atrocidades. La ira, los celos y un miserable deseo de ganancia material son lamentables sustitutos emocionales del egoísmo perverso y solitario que inspiró los grandes crímenes de los siglos XII, XIII y XIV.

»Cuando los hombres mataban con la certeza deliberada de que estaban poniendo en peligro sus almas inmortales, y cuando el cuerpo humano era considerado un tabernáculo para algo más —o menos— que humano, el crimen de asesinato asumía proporciones épicas e impías. El mero descubrimiento de un cadáver mutilado en una época en la que los hombres todavía creían en algo —al menos en algo— llenaba a todos de terror y asombro. Hombres, mujeres y niños se refugiaron detrás de puertas con barricadas y los más devotos se arrodillaron, se santiguaron, encendieron velas y cantaron innumerables exorcismos.

»Pero en esta época decadente en la que un ser humano es asesinado, la sociedad simplemente se encoge de hombros y cede sus preocupaciones a la policía. ¿Qué tiene que ver la policía con un sacramento del mal entre nosotros? El miedo que el asesinato dejó una vez a su paso, y el intenso goce estético que ciertos individuos obtuvieron del mero estudio de crímenes tales como obras de arte perverso y diabólico, no tienen paralelo en la experiencia contemporánea. De ahí que todos los asesinos modernos cometan crímenes comunes: matar prosaicamente y casi con indiferencia, sin sospechar que están destruyendo más que las vidas de sus desafortunadas víctimas. ¡Y la gente sigue tranquilamente en sus asuntos y aparentemente no está disgustada de codearse con los impíos en teatros, restaurantes y el metro!

Algernon se movió emocionado en su silla.

—Pero el problema que le presento está enredado en lo sobrenatural más horriblemente que cualquier atrocidad de las Edades de la Fe. Trasciende la

experiencia normal. Si me escucha le diré que...

Pero Little negó con la cabeza.

—He sondeado hasta la saciedad los abismos cósmicos —afirmó—. He escrito libros, muchos libros, aduciendo decenas de casos de posesión, inmolación, adivinación y transformación. He confirmado la realidad del concubitus daemonum; he probado indiscutiblemente la existencia de vampiros, súcubos y lamias, y en esta misma habitación me he deslizado, no de mala gana, en el cálido y pegajoso abrazo de mujeres muertas hace cinco siglos. Pero todas las infamias y decadencias en la corteza terrestre son eclipsadas por la repugnante y venenosa maldad que acecha sin cuerpo en el espacio sin dimensiones. En mis sueños he escuchado el repique nauseabundo de sus glutinosas flautas y he vislumbrado terriblemente las redes que tienden hacia los hombres.

Los ojos de Algernon eran puntos de fuego.

—Ese horror es como... comenzó, pero Little no lo dejó terminar.

—Mis libros se gangrenan en los estantes —murmuró—. Nadie los leerá porque tratan de hechos. En todas partes se burlan de mí como un excéntrico, un loco —se puso de pie apasionadamente—. Así que definitivamente he renunciado a la recopilación y correlación de hechos. De ahora en adelante encarnaré mis convicciones únicas con el elocuente y persuasivo disfraz de una fábula. Escribiré una novela. El arte de la ficción como proveedor de la verdad esencial tiene innumerables ventajas de las que necesariamente debe carecer el enunciado desapegado e impersonal. El aficionado a la ficción puede familiarizar a sus lectores gradualmente con doctrinas nuevas y sorprendentes y evitar escandalizarlos y llevarlos a una precipitada retirada al caparazón de creencias antiguas y convencionales; puede evitar que se refugien en la tradición antes de que sus mentes hayan captado una cuarta parte de las novedades que él intenta promulgar.

»Entonces, también, el artista puede ser mucho más persuasivo y elocuente que el científico, y nunca se podrá enfatizar lo suficiente que la elocuencia nunca es tan efectiva para convencer a los hombres de que ciertas cosas que son obviamente falsas son momentáneamente verdaderas. Y es por eso que el mero científico está tan desesperadamente perdido cuando busca convertir a otro. No percibe que las nuevas verdades deben presentarse a la mente humana de manera vívida, única, como si uno estuviera iniciando un misterio o instituyendo un sacramento, y que cada falla en presentarlas disminuye la probabilidad de que ganen proponentes, y que una civilización entera puede desaparecer antes de que surja alguien con suficiente imaginación y elocuencia para tomar verdades que han sido enunciadas y olvidadas, y así vincularlas con las estrellas lejanas y el viento que se mueve sobre las aguas y el misterio y la extrañeza que habrá en todas las cosas hasta el fin de los tiempos.

Las miradas de Little eran extasiadas, sus ojos se volvían de fuego.

—En este momento —exclamó—, estoy enredando en la profundidad délfica del arte el más sublime de mis sueños: estoy fabricando una prenda de telaraña dorada, nadando en el rocío de la tierra de las estrellas, mojada por la extrañeza de constelaciones lejanas, para envolver en el espejismo la espantosa desnudez de lo que está sin forma y vacío, de la negrura chillando al pozo que ella misma ha creado, del caos pegajoso, voraz, en lo no dimensionado.

Se detuvo de repente y miró a Algernon e Imbert con los ojos cerrados. Luego, lentamente, lo que había estado lejos regresó con un torrente de sangre al cerebro en trance, y sus labios hablaron, ofreciendo disculpas.

—He delirado, sin duda. Como Blake, como Rowlandson, como Gerard De Nerval, siempre estoy soñando, viendo visiones. Y a los hombres mundanos, tranquilos y objetivos hacia las cosas de la tierra, escépticos de todo lo demás, tales visiones, tales destellos, asombran, espantan, o son completamente incomprensibles. Y tú, sin duda, estás sonriendo por dentro, sonriendo de manera burlona. Pero si supieras un poco, solo un poco más de la tradición cósmica, podrías... simpatizar un poco. Porque hay cosas mirando, mirando en secreto nuestras pequeñas y grotescas travesuras. Los hombres han desaparecido. Tú eres consciente de eso, ¿no? Los hombres han desaparecido de la querida y familiar tierra. Entidades malignas e incognoscibles, los pescadores del exterior, han soltado tentáculos invisibles, redes de arrastre, y han sido atrapados, se han desvanecido en el vacío. Y otros se han vuelto locos al presenciar tales cosas.

»Cuando un hombre sube un tramo de escaleras no es inevitable que llegue a la cima. Cuando un hombre cruza una calle, un campo o una plaza pública, no está predestinado que llegará al otro lado. He visto extrañas sombras en el cielo. ¿Otros mundos incidiendo sobre el nuestro? Sé que hay otros mundos, pero quizás no inciden dimensionalmente. Quizás de mundos de cuatro, cinco, seis dimensiones, cosas con formas invisibles para nosotros, con rostros velados para nosotros. ¿Se alimentan de nosotros tal vez? ¿Usan nuestros cerebros como forraje? Algunos han vislumbrado la verdad en sueños, visiones. Pero solo las mentes en sintonía psíquica con los ritmos del espacio curvo y angulado pueden viajar con el subconsciente hacia las formas incorpóreas que parpadean espantosamente en el vacío mil billones de años luz más allá de la más remota de las nebulosas espirales.

»Sin embargo, y a pesar de todo esto, vienen aquí a traerme un pequeño asesinato mundano.

Por un instante se hizo el silencio en la habitación. Entonces Algernon se levantó y expresó una feroz protesta.

—Dices —exclamó—, un pequeño asesinato mundano, pero hay algo más; una cosa más espantosa, más ajena y repugnante para la cordura y el mundo que conocemos que todos tus rastros cósmicos, que todos tus intrusos del más allá.

Little negó con la cabeza.

—No —dijo—. No. Has escuchado algún cuento infantil, has prestado atención a la carga de sufrimiento del niño. Quiero decir, las conjeturas, miedos, temores, presentimientos de los hombres corrientes. Imaginativo en un sentido mundano, pero ciego. Podría desentrañar tu rompecabezas con la capa más superficial de mi mente despierta, la pequeña mente consciente que es tan débil, tan inútil para lidiar con algo más perturbador que lo que el cuerpo debe comer, beber y usar.

—Y si no hubiera visto —dijo Algernon— una cosa de piedra cambiar su volumen, haciendo lo que lo inanimado nunca ha hecho en todas las épocas que el hombre la ha mirado racionalmente, ¿te habría rechazado por loco!

—¿Una piedra, dices, movida? —por primera vez, Little mostró interés.

—Sí, en la forma en que algo, la naturaleza primigenia quizás, en eones primigenios, le dio forma. Se movió en la noche, sin que yo lo viera. Cuando Chaugnar Faugn...

Se detuvo, guardó silencio. Porque de su silla Little había saltado con un grito, su rostro se puso pálido, sus rodillas temblaban, un grito de terror brotó de sus delgados labios.

—¿Cuál es el problema? —jadeó el doctor Imbert, y Algernon se atragantó, sin saber qué pensar de un hecho tan extraño.

Porque Little parecía completamente deshecho, un místico enloquecido, histéricamente epiléptico. Por último, se hundió de nuevo en la silla. Un rastro de color volvió a sus mejillas.

—Perdón —murmuró— por esta exhibición de cobardía. Me veo obligado a usar esa palabra. La honestidad lo exige. Cuando mencionaste a Chaugnar Faugn, por un instante me sentí mortalmente aterrorizado —respiró hondo—. El sueño fue tan vívido que mi mente rechazó instantáneamente una interpretación simbólica o alegórica. Ese nombre especialmente, Chaugnar Faugn. Estaba seguro de que algo, en alguna parte... que la espantosa locura que llevó a Publius Libo a las altas colinas era una realidad, pero no había esperado que fuese una realidad para nosotros. Algo pasado, recé, algo pasado y olvidado. Un horror del mundo antiguo que nunca volvería, que nunca se inmiscuiría en nuestras pequeñas vidas prosaicas —se interrumpió, aparentemente perdido en sus pensamientos—. Cuéntamelo todo —suplicó, después de

un momento.

Con labios sin sangre, Algernon relató una vez más la historia de Chaugnar Faugn tal como la había extraído de la narrativa repugnante de Ulman, realzando un poco su horror con medias conjeturas propias. Little escuchó con el rostro hecho una máscara, solo el latido de las venas en sus sienes delataba la agitación que lo atormentaba. Cuando Algernon concluyó, el reloj de la repisa de la chimenea dio la hora: once golpes iguales repicaron, violando la quietud que se había instalado por un instante. Algernon se estremeció, temeroso de lo avanzado de la hora, de que en su ausencia Chaugnar Faugn pudiera moverse de nuevo.

Pero ahora Little estaba hablando, esforzándose dolorosamente por evitar que su voz se convirtiera en un susurro.

—Tuve el sueño el pasado Halloween —comenzó—, y en cuanto a detalles supera todo lo que he experimentado. Tomó forma lentamente, comenzando como un movimiento nervioso desde el atrio de mi casa a una biblioteca llena de pergaminos para escapar del sonido de una fuente, y continuando como una discusión seria y amistosa con un hombre corpulento y de labios firmes de unos treinta y cinco años, con fuertes rasgos romanos puros. Las impresiones fueron tan nebulosas y graduales que fue difícil rastrearlas hasta una fuente.

»El lugar no era Roma, ni siquiera Italia, sino el pequeño municipio provincial de Calagurris en la orilla sur del Iberus en Hispania. Fue en la época republicana, porque la provincia todavía estaba bajo un procónsul senatorial en lugar de un legatus. Yo era un hombre de mi propia edad y constitución. Estaba vestido con una toga de civil de color amarillento con las dos finas franjas rojizas de la orden ecuestre. Mi nombre era L. Cselius Rufus y mi rango parecía ser el de un cuestor provincial. Definitivamente era un romano nacido en Italia, la provincia de Calagurris me era ajena, suelo colonial. Mi invitado era Cneo Balbutio, legatus de la XII Legión, que estaba acampando a las afueras de la ciudad en el río. La casa en la que lo recibía era una villa suburbana en una ladera al sur, y daba tanto a la ciudad como al río.

»El día anterior había recibido un mensaje preocupado de un tal Annaeus Mela, edil de la pequeña ciudad de Pompelo, a tres días de marcha hacia el norte en el territorio de los vascones, al pie de los misteriosos Pirineos. Le pedí a Balbutio que le concediera una cohorte para un servicio extraordinario la noche de las calendas de noviembre y este se había negado rotundamente. Mela era un hombre moreno, delgado, de mediana edad, de presentables facciones romanas pero con el pelo áspero de un celtibérico.

»Parece que, escondida en los Pirineos, habitaba una extraña raza de gente pequeña y oscura, a diferencia de los galos y celtíberos en habla y facciones, que se entregaba a ritos y prácticas terribles dos veces al año, en las calendas de Maius y noviembre,

sobre las cimas de las colinas al anochecer. Golpeaban continuamente con extraños tambores y aullaban horriblemente durante toda la noche. Siempre antes de estas orgías se encontraban personas desaparecidas y ninguna de ellas regresaba.

»Se pensó que fueron robadas con fines de sacrificio, pero nadie se atrevió a investigar, y finalmente la pérdida semestral de aldeanos llegó a ser considerada como un tributo regular, como los siete jóvenes y doncellas que Atenas se vio obligada a enviar cada año a Creta para el rey Minos y el Minotauro.

»Los habitantes de Pompelo sospechaban que los vascones tribales e incluso algunos de los pobladores semi-romanizados de las estribaciones estaban aliados con la extraña gente oscura. Miri Nigri era el nombre que se usaba en mi sueño. Esta gente oscura fue vista en Pompelo sólo una vez al año, en verano, cuando algunos de ellos bajaban de las colinas para comerciar. Parecían incapaces de hablar y negociaban con señales.

»Durante el verano anterior la gente pequeña había venido a comerciar como de costumbre, cinco de ellos, pero se habían visto envueltos en una pelea cuando uno de ellos había intentado torturar a un perro por placer. En esta pelea, dos de ellos habían muerto y los tres restantes habían regresado a las colinas. Ahora era otoño y la cuota habitual de aldeanos no había desaparecido. No era normal que los Miri Nigri perdonaran a Pompelo alguna condena terrible, que invocarían en su noche impía mientras tamborileaban, aullaban y bailaban escandalosamente en la cima de la montaña.

»El miedo invadió a Pompelo y el edil Mela había llegado a Calagurris para pedir una cohorte, invadir las colinas la noche del sábado y romper los ritos obscenos antes de que la ceremonia llegara a un punto crítico. Pero Balbutius se había reído de él y se había negado. Pensó que era una política deficiente que la administración romana se entrometiera en las disputas locales. De modo que Mela se había visto obligado a verme. Lo animé lo mejor que pude y le prometí ayuda, y regresó a Pompelo, al menos en parte, tranquilo.

»Antes de escribir al procónsul, pensé que era mejor discutir con Balbutius en persona, así que fui a verlo al campamento, lo encontré y le dejé un mensaje a un centurión. Ahora estaba aquí y había reiterado su creencia de que no deberíamos complicar nuestra administración despertando el resentimiento de los miembros de la tribu, como indudablemente haríamos si intentáramos suprimir un rito con el que obviamente simpatizaban mal disimuladamente.

»Me pareció haber leído bastante sobre los ritos oscuros de ciertas razas desconocidas y totalmente bárbaras, porque recuerdo haber sentido una monstruosa ruina inminente. A sus objeciones respondí que no era costumbre romana dejarse llevar por los caprichos de los bárbaros cuando la fortuna de los ciudadanos estaba en peligro, y

que no debía olvidar la condición de Pompelo como colonia legal, por pequeña que fuera.

»Que la buena voluntad de los vascones tribales era poco de lo que se podía depender, en el mejor de los casos, y que la confianza y la amistad de los habitantes romanizados, en quienes había más que un poco de nuestra propia sangre después de tres generaciones de colonización, era una cuestión de mayor importancia para el buen funcionamiento de ese gobierno provincial en el que descansaba principalmente la seguridad del imperio romano. Además, tenía razones para creer, a partir de mis estudios, que las aprehensiones de los pompelonios estaban bien fundamentadas, y que de hecho se estaba gestando en las altas colinas una condena monstruosa. Dije que me sorprendería encontrar laxitud en los representantes de aquellos cuyos antepasados no habían dudado en dar muerte a un gran número de ciudadanos romanos por participar en las orgías de Baco y habían ordenado grabar en tablas públicas de bronce el *Senatus Consultant de Bacchanalibus*.

»Pero no pude influir en Balbutius. Se fue cortésmente, pero sin inmutarse. De modo que tomé inmediatamente una pluma de caña y escribí una carta al procónsul Libo, sellándola y pidiendo a un joven esclavo enjuto, un griego llamado Antípatro, que se la llevara a Tarraco.

»A la mañana siguiente salí a pie, bajé la colina hasta el pueblo y atravesé las estrechas calles empedradas con altos muros encalados y tiendas pintadas de colores llamativos. La multitud era muy vívida. Legionarios de todas las razas, colonos romanos, celtíberos tribales, nativos romanizados, cartagineses romanizados e ibéricos, mestizos de todo tipo. Hablé con una sola persona, un romano llamado Aibutio, del que no recuerdo nada. Visité el campamento, una gran zona con un muro de tierra de diez pies, calles y chozas de madera. Llamé al pretorio para decirle a Balbutius que había escrito al procónsul. Seguía siendo agradable pero impasible. Más tarde me fui a casa, leí en el jardín, me bañé, cené, hablé con la familia y fui a la cama, teniendo, un poco más tarde, una pesadilla dentro del sueño, que se centró en un terrible desierto oscuro con ruinas ciclópeas de piedra y una presencia maligna sobre todo.

»Hacia el mediodía del día siguiente había estado leyendo en el jardín, cuando el griego regresó con una carta y un anexo. Rompí el sello y leí: P. SCRIBONI-VS. L. CAELIO. SD SI. TV. VALES . VALEO. QVAE. SCRIPSISTI. AVDIVI. NEC. ALIAS. PVTO.

»En una palabra, el procónsul estuvo de acuerdo conmigo —había sabido sobre los Miri Nigri— y adjuntó una orden para el avance de la cohorte a Pompelo de inmediato, mediante marchas forzadas, para llegar a la ciudad sombría de la ruina el día antes de las Fatales Calendas. Me pidió que lo acompañara por mi conocimiento de lo que se susurraba que eran los ritos misteriosos, y además declaró su propósito de seguirnos él mismo.

»No perdí ni un segundo en ir personalmente al campamento y entregar las órdenes a Balbutius, y debo decir que se tomó su derrota con gracia. Decidió enviar la Cohorte V, al mando de Sextus Asellius, y en ese momento convocó a su legatus, un joven delgado y arrogante con el pelo encrespado y una elegante franja de barba en la mandíbula. Asellius se mostró abiertamente hostil, pero no se atrevió a ignorar las órdenes. Balbutius dijo que tendría a la cohorte en el puente que cruza el Iberus en una hora y yo corrí a casa para prepararme para la dura marcha diurna y nocturna.

»Me puse una psénula pesada, pedí una litera con seis portadores ilirios, y llegué al puente delante de la cohorte. Al fin, sin embargo, vi las águilas plateadas destellando por la calle a mi izquierda. Balbutius acompañó a mi litera por delante de las tropas mientras cruzamos el puente y salimos por las llanuras hacia la línea mística de colinas violetas apenas vislumbradas.

»No dormimos mucho durante toda la marcha, pero tuvimos siestas, breves pausas y bocadillos para el almuerzo: pasteles y queso. Balbutius solía cabalgar junto a mi litera en conversación (era infantería, pero él y Asellius iban montados), pero a veces leía un espantoso manuscrito en griego, que al tocarlo me hacía estremecer pero del que no recuerdo ni una sola palabra.

»La segunda mañana llegamos a las casas encaladas de Pompelo y temblamos por el miedo que había en el lugar. Había un anfiteatro de madera al este del pueblo, y una gran llanura abierta al oeste. Todo el terreno inmediato era llano, pero los Pirineos se alzaban verdes y amenazantes por el norte. Escribonius Libo había llegado antes que nosotros con su secretario, Q. Trebellius Pollio, y él y el edile Mela nos saludaron en el foro. Pollio, Mela, Balbutius, Asellius y yo entramos en la curia (un excelente edificio nuevo con un pórtico corintio) y discutimos formas y medios, y vi que el procónsul estaba conmigo en corazón y alma.

»Pero Balbutius y Asellius continuaron discutiendo y, a veces, la discusión se volvió muy tensa. Libo era un anciano absolutamente admirable, e insistió en ir a las colinas con el resto de nosotros y ver las horribles revelaciones de la noche. Mela, espantado, prometió caballos a los que no íbamos montados, y tenía valor, porque tenía la intención de ir él mismo.

»Es imposible incluso sugerir el espantoso terror que se cernía sobre esta fase del sueño.

»Seguramente nunca hubo un mal como el que se cernía sobre la ciudad maldita mientras el sol poniente arrojaba largas sombras amenazadoras. Los legionarios creían haber oído el susurro de presencias sigilosas, invisibles y ominosamente deliberadas en los bosques negros circundantes. una antorcha tuvo que ser encendida momentáneamente para mantener juntos a los trescientos hombres asustados. Una

hendidura del cielo del norte era visible más adelante entre las terribles laderas. Noté el trono de Casiopea y el polvo dorado de la Vía Láctea. Lejos, muy por delante y por encima, pareciendo fundirse imperceptiblemente en los cielos, se podían discernir las líneas de picos más remotos, cada uno coronado por un punto enfermizo de llama impía. Y aún los distantes e infernales tambores sonaban incesantemente.

»Al final, la ruta se hizo demasiado empinada. porque los caballos y los seis que estábamos montados nos vimos obligados a caminar. Dejamos los caballos atados a unos robles y colocamos diez hombres para vigilarlos. Luego seguimos avanzando, dando empujones, tropezándonos y, a veces, trepando con la ayuda de nuestras manos hasta lugares poco menos que perpendiculares. De repente, un sonido detrás de nosotros hizo que cada hombre se detuviera como si hubiera sido alcanzado por una flecha. Eran los caballos que habíamos dejado. No relinchaban, gritaban.

»Estaban gritando, locos por un terror más allá de lo que esta tierra conoce. Ningún sonido salió de los hombres que habíamos dejado con ellos. Seguían gritando, y los soldados que nos rodeaban estaban temblando, gimiendo y murmurando fragmentos de una oración a los dioses de Roma, a los dioses de Oriente y a los dioses de los bárbaros.

»Entonces se produjo una fuerte refriega y un grito desde el frente de la columna que hizo que Asellius pidiera temblorosamente una antorcha. Había una figura postrada en un reluciente charco de sangre. Vimos por el débil resplandor que era el joven guía, Accius. Se había suicidado por el sonido que había escuchado. Él, que había nacido y se había criado al pie de esas terribles colinas, y había escuchado los oscuros susurros de sus secretos, sabía bien por qué los caballos habían gritado. Había sacado una espada de la vaina del soldado más cercano, el centurio P. Vibulanus, y se la había hundido en su propio pecho.

»En este punto se desató el pandemonio. El cielo se había apagado. Casiopea y la Vía Láctea ya no brillaban entre las colinas. Una absoluta negrura se cernía detrás los fuegos que crecían continuamente en los picos distantes, y los caballos seguían gritando y los tambores lejanos repicaban espantosamente y sin cesar.

»Una carcajada estalló en los bosques negros de las laderas verticales y alrededor de los crecientes fuegos de los picos distantes vimos saltar y hacer cabriolas las horribles y ciclópeas siluetas de cosas que no eran ni hombres ni bestias, sino diabólicas amalgamas, cosas con enormes orejas ensanchadas y largos troncos ondulantes que aullaban, balbuceaban y brincaban en la noche sin cielo. Un viento frío descendía, girando sinuosamente a nuestro alrededor hasta que empezamos a sentir pánico y luchamos como Laocoonte y sus hijos en manos de la serpiente.

»Hubo visiones terribles a la luz de las pocas antorchas temblorosas. Los legionarios se pisotearon unos a otros hasta morir y gritaron más roncamente que los caballos

abajo. De nuestro grupo inmediato, Trebelius Pollio había desaparecido, y vi a Mela hundirse bajo las pesadas caligae de un gigantesco aquitano. Balbutius se había vuelto loco y estaba sonriendo y entonando un viejo verso recordado de la campaña latina de su niñez. Asellius trató de cortarse la garganta, pero el viento sensible lo mantuvo impotente, por lo que no pudo hacer nada salvo gritar por encima de la risa aullante, los caballos, los tambores distantes y las formas colosales que brincaban alrededor de los fuegos demoníacos en los picos.

»Yo mismo estaba congelado en la impotencia de una estatua y no podía moverme ni hablar. Sólo el viejo Publius Libo, el procónsul, era lo suficientemente fuerte como para enfrentarlo como un romano, Publius Scribonius Libo, que había pasado por las guerras jugurtinas y mitrídicas y sociales. Publio Libo, tres veces pretor y tres veces cónsul de la república, en cuyo atrio se encontraban las formas ancestrales de cien héroes. Él y solo él tenía la voz de un hombre y de un general y triunfador. Lo veo ahora en la penumbra, a la luz de esas horribles antorchas, entre esa estampida de condenados por el miedo. Aún puedo escucharlo mientras pronunciaba sus últimas palabras, recogiendo su toga con la dignidad de un romano y un cónsul: *Malitia vetus, malitia vetus est venit venit en tándem.*

»Y entonces las laderas que rodeaban el bosque estallaron con carcajadas más fuertes y vi que se movían lentamente. Las colinas, las terribles colinas vivientes, se estaban acercando a su presa. Miri Nigri había llamado a sus terribles dioses a salir del vacío.

»Capaz de gritar por fin, me desperté en un mar de sudor frío.

»Calagurris, como probablemente sabrás, es una ciudad real y conocida de la España romana, famosa por ser el lugar de nacimiento del retórico Quintiliano. Al consultar un diccionario clásico descubrí que Pompelo también era real, y que sobrevive hoy como el pueblo pirenaico de Pampelona.

Dejó de hablar y, por un momento, todos los presentes en la habitación se quedaron en silencio. Luego Algernon dijo:

—El chino también tuvo un sueño extraño. Habló del horror en las montañas, de grandes cosas que venían de las colinas al anochecer.

Little asintió.

—Los mongoles son extremadamente psíquicos —dijo—. Sus mentes aún son vírgenes, no contaminadas por escepticismos. Su inconsciencia palpita con ritmos cósmicos. Intimaciones, advertencias, heraldos de las estrellas, profecías del exterior se iluminan por la noche en el fértil suelo de sus mentes y dan frutos siniestros.

—¿Y crees que el sueño de Hsieh Ho fue una profecía? —susurró Imbert.

—Se producirá una monstruosa liberación. Lo que durante dos mil años ha permanecido somnoliento se agitará, se volverá bestial, golpeará. Las grandes cosas descenderán de su espantosa guarida en las colinas españolas arrastradas hacia el hombre por voluntad de Chaugnar Faugn. Estamos en proximidad al horror primario y oculto que supura en la raíz del ser, con la vieja y oculta repugnancia que los griegos y romanos velaron bajo la forma vagamente análoga de un hombre-bestia: el alimentador, el todo. El horror dejó su guarida para devastar, avanzando hacia el este en el amanecer a través de Europa, vadeando los oscuros mares jónicos, asomándose monstruosamente al anochecer sobre Delos, Samotracia y la lejana Creta. envolvió su cintura; soles, constelaciones brillaban en sus ojos. Pero su aliento trajo locura, y su abrazo, muerte. El alimentador, el todo.

El timbre del teléfono junto a su codo sonaba desconcertantemente. Extendiendo una mano temblorosa, agarró el auricular con firmeza y lo apoyó contra su mejilla.

—Hola —susurró en el micrófono—. ¿Quién habla?

—Del Museo de Manhattan —las palabras golpearon ominosamente en su oído—: ¿Está el señor Algernon Harris allí? Llamé a la casa del doctor Imbert y me dieron este número.

—Sí, Harris está aquí —la voz de Little vibraba de aprensión—. Lo llamaré.

Le dio el instrumento a Algernon y se hundió exhausto en su silla. Por un momento, este último conversó en voz baja; luego, una expresión de terror absoluto apareció en su rostro y un grito salvaje y angustiado brotó de sus labios cenicientos.

Volvió a colgar el auricular y se tambaleó hacia la chimenea. Por un instante se quedó mirando intensamente las brasas, sus hombros temblaban y se retorcían de la manera más repugnante, sus manos agarraban el borde de la repisa con tanta fuerza que sus nudillos se veían azules. Luego se dio la vuelta y habló con una voz que llegó a tal extremo de horror que Little deseó desesperadamente tapar sus oídos.

—Chaugnar Faugn ha desaparecido —gritó—. Chaugnar Faugn ha dejado el museo. Nadie lo vio irse y el idiota que llamó cree que un ladrón se lo llevó. O posiblemente uno de los asistentes. Pero sé cuán improbables, cuán inconcebibles son tales conjeturas —históricamente se paseó por la habitación—. Yo tengo la culpa. Debería haberlos puesto definitivamente en guardia. Debería haberles explicado que alguien podría intentar robar a Chaugnar Faugn. Se habrían reído de la verdad, pero podría haberlos convencido —se golpeó la frente—. ¿Pero qué estoy diciendo? Un vigilante habría sido absolutamente impotente para hacer frente a semejante horror. Chaugnar Faugn lo habría borrado horriblemente en un instante. ¡Y ahora está suelto por las calles!

Caminó hasta la ventana y miró a través del puerto reluciente hacia la gigantesca mole del bajo Manhattan.

—Está suelto allí —gritó, levantando el brazo—. Está agazapado en las sombras de las calles oscuras y se arrastra por el césped de los parques desiertos y mira lascivamente, triunfalmente a su presa.

Little se levantó y puso la mano sobre el brazo de Algernon.

—Tranquilo, muchacho —instó—. No he dicho que no pueda ayudar. Aunque Chaugnar es una amenaza terrible, no es tan omnipotente como pensaba Ulman. Él y sus hermanos son manifestaciones encarnadas de una impureza muy antigua, muy maligna, un cáncer cuyo crecimiento puedo al menos retardar. Y si tengo éxito, puedo enviarlo de vuelta a su guarida repugnante más allá del universo galáctico, cortarlo para siempre de nuestro mundo tridimensional. Si hubiera sabido que el horror aún acechaba en los Pirineos, habría ido, meses atrás, a devolverlo. No soy un soñador meramente teórico. Aunque por temperamento estoy predispuesto a las especulaciones de naturaleza mística, he forjado un arma muy concreta y eficaz para combatir las malignidades cósmicas. Si entras en mi biblioteca, le mostraré algo que te devolverá un poco la confianza.

6. La máquina espacio-temporal.

El vasto y oscuro laboratorio de Roger Little estaba iluminado por una única lámpara azulada incrustada en el hormigón de su suelo hundido. Una diversidad infinita de mecanismos se alineaban en las paredes y se extendían en sus longitudes precisas sobre largas mesas bajas y colgaban inquietantemente de ganchos colocados en el alto techo abovedado; los mecanismos resplandecían en el aislamiento iluminado en azul, con esferas, palancas, condensadores y campanas.

Todos los inventos eran deslumbrantes, pero uno era tan extraordinario en tamaño y complejidad que dominaba a los demás y cautivó la atención de Algernon. Parecía incapaz de apartar la mirada de la cosa. Era una extraña aglomeración de esferas metálicas, de grandes globos azulados rodeados de minúsculos racimos de semicírculos y cuartos de globo, cuyas superficies convergían de la manera más fantástica. Y de los globos brotaban en ángulos grotescos medias lunas metálicas con puntas convergentes.

Para la excitada imaginación de Algernon, la cosa tenía un aspecto casi reptil.

—Es como la cara de un sapo —murmuró—. Bulbosa y bestial.

Little asintió.

—Es un triunfo de la fealdad mecánica, ¿no? Sin embargo, habría sido divinizado en el Ática, especialmente por Arquímedes. Lo habría exaltado por encima de todos sus conoides y parábolas.

—¿Qué función realiza? —preguntó Algernon.

—Una sublime. Es una máquina espacio-temporal. Pero prefiero no discutir su función precisa hasta que te haya mostrado cómo funciona. Quiero que estudies su cara mientras se mueve de forma no euclidiana. Cuando hayas vislumbrado una figura cuatridimensional estarás dispuesto a admitir su maravilla. No conozco ningún correctivo más seguro para un exceso de escepticismo. Yo era la Crítica de la Razón Pura personificada hasta miré una esfera desollada; luego me volví muy humilde, reverente. Mira ahora.

Se inclinó hacia adelante, y con un rápido movimiento hacia abajo de su brazo derecho puso la máquina en movimiento. Al principio, las esferas pequeñas y las medias lunas giraban rápidamente, las esferas grandes, lentamente; luego las esferas grandes literalmente giraban mientras que las esferas pequeñas se ladeaban, hasta que todo se movió al unísono. Luego las esferas se detuvieron por completo, pero solo por un instante, mientras que algo pareció fluir hacia ellas desde las medialunas giratorias. Entonces las medialunas se detuvieron y las esferas se movieron en variaciones variables, con un ritmo cada vez más rápido, y su movimiento pareció fluir de regreso a las medias lunas. Luego, tanto las medias lunas como las esferas empezaron a moverse al unísono, cada vez más rápido y más rápido, hasta que toda la masa pareció fundirse en una forma paradójica, escandalosa, impensable... un esfenoide de rostro no euclidiano, una blasfemia geométrica que era a la vez isósceles y equilátero, convexa y cóncava.

Algernon lo miró horrorizado.

—¿Qué demonios es eso? —gritó.

—Estás mirando una figura cuatridimensional —dijo Little con dulzura—. Tranquilo ahora.

Por un instante no pasó nada; luego, una luz verdosa, cegadora, se disparó desde el centro de la figura locamente distorsionada y fluyó a través de la pared opuesta, trazando un círculo perfecto sobre el cemento liso. Pero sólo por un segundo se iluminó la pared. Con un movimiento brusco, Little disparó la palanca hacia arriba y su resplandor se atenuó, se desvaneció.

—Un poco más y esa pared se habría derrumbado —explicó en tono de disculpa.

Con fascinación, Algernon observó cómo el escandaloso esfenoide se volvía indistinto, lo vio difuminarse y desaparecer en medio de un resurgimiento de esferas.

—Esa luz —gritó Little exultante—, hará retroceder a Chaugnar Faugn en el tiempo. Revertirá su decadente aleatoriedad, lo desencarnará y lo enviará de regreso para siempre.

—Pero, no entiendo —murmuró Algernon—. ¿Qué quieres decir con aleatoriedad?

—¡Quiero decir que esta máquina puede causar estragos con la entropía! —había un tono de exaltación en la voz de Little.

—¿Entropía? —Algernon frunció el ceño—. No estoy seguro de haber entendido. Sé lo que es la entropía en termodinámica, por supuesto, pero no estoy seguro...

—Te lo explicaré —dijo Little—. Por supuesto, estás familiarizado con la física de Einstein y eres consciente de que el tiempo no es lineal, que la secuencia en la que vemos los eventos en la naturaleza no es una realidad cósmica y que nuestra convicción de que estamos yendo a algún lugar en el tiempo es una emoción puramente humana, condicionada por nuestra existencia en este planeta en particular y las limitaciones que nuestros cinco sentidos nos imponen. Dividimos el tiempo en pasado, presente y futuro, pero en realidad la secuencia de un evento en el tiempo depende totalmente de la posición en el espacio. Los eventos que ocurrieron hace miles de años en este planeta aún no han ocurrido para un observador hipotético situado a miles de millones de años luz de distancia de nosotros. Por lo tanto, cósmicamente hablando, no podemos decir de un evento que ha sucedido y nunca volverá a ocurrir, o que está a punto de suceder y nunca ha sucedido antes, porque «antes» para nosotros es «después» para inteligencias situadas en otra parte, si tales inteligencias existen.

»Pero aunque nuestras divisiones de tiempo son puramente arbitrarias, existe en la naturaleza omnipresente un principio llamado entropía que, como ha señalado Eddington, equipa al tiempo con una especie de flecha empírica. Hay consenso en la opinión astronómica sobre la idea de que los soles, los planetas y los electrones se están rompiendo constantemente, volviéndose cada vez más desorganizados. Hace miles de millones de años, una dinámica misteriosa, que Sir James Jeans compara con el Dedo de Dios, fluyó a través del espacio primitivo y creó el universo de estrellas en un estado de integración casi perfecto, las soldaron en un sistema tan altamente organizado que solo había la manifestación más pequeña del elemento aleatorio en cualquier lugar. El elemento aleatorio en la naturaleza es el elemento incierto, el principio que produce desorganizaciones, desintegración, decadencia.

»Supongamos que dos hombres mecánicos, robots, están lanzando una pequeña pelota de un lado a otro. El proceso puede continuar indefinidamente, porque las criaturas

mecánicas no se cansan y no hay nada que haga que la pelota se desvíe de su curso. Pero ahora supongamos que un pájaro en vuelo choca con la pelota, la envía girando de manera que no alcanza la mano del robot receptor. ¿Qué sucede? Ambos robots comienzan a comportarse de manera grotesca. Fallando la pelota, sus brazos barren el vacío aire, haciendo curvas cada vez más anchas y se tambalean hacia adelante quizás, y se derrumban en los brazos del otro, el azar, el elemento incierto ha entrado en su cosmos organizado y han dejado de funcionar.

»Esta tendencia del complejo a desintegrarse, de lo perfectamente equilibrado a enloquecer, se llama entropía. Es la entropía la que proporciona al tiempo una dirección y, al interrumpir las nebulosas, juega a la comadrona del nacimiento de planetas a partir de úteros estelares incalculables. Es la entropía la que enfría grandes orbes, más calientes que Betelgeuse, más ardientes que Arcturus a través de todas las inmensidades exteriores, reduciéndolas a la esterilidad, a motas giratorias de caos.

»Es el elemento aleatorio que se está rompiendo lentamente, destruyendo el universo de las estrellas. En un círculo cada vez más amplio, con una malignidad cada vez mayor, si se puede atribuir malignidad a una fuerza, una tendencia, produce su terrible caos análogo a un grano de arena que se deja caer en uno de los intersticios de una máquina vasta e intrincada, el grano crea una pequeña perturbación que a su vez crea una más grande, y así ad infinitum.

»Y con cada evento que ha ocurrido en esta tierra desde su salida del sol, ha habido un aumento del elemento aleatorio. Por lo tanto, podemos legítimamente ubicar eventos en el tiempo. Eventos que ocurrieron hace decenas de miles de años pueden estar sucediendo ahora a las inteligencias situadas en otra parte, y los acontecimientos todavía a la vista, por así decirlo, pueden existir ya en otra dimensión del espacio-tiempo.

»Pero si un evento terrestre es muy desorganizado y muy decadente en sus contornos, incluso nuestro hipotético observador distante sabría qué ha ocurrido muy tarde en el curso de la evolución cósmica y que una serie de eventos más felices, con menos del elemento aleatorio en ellos, debe haberlo precedido en el tiempo. En resumen, esa sensación de paso del tiempo que experimentamos en nuestra vida diaria se debe a nuestra percepción intuitiva de que la estructura del universo se está rompiendo continuamente. Todo lo que sucede, cada evento, es una manifestación objetiva del continuo y omnipresente deterioro y desintegración de la materia.

Algernon asintió.

—Creo que lo entiendo. ¿Pero eso no niega todo lo que se nos ha enseñado a asociar con la palabra evolución? Significa que no el avance, sino una degeneración inherente ha caracterizado todos los procesos de la naturaleza desde el principio de los tiempos. ¿Podemos aplicarlo al hombre? ¿Quiere sugerir...

Little se encogió de hombros.

—Sólo se puede especular. Puede ser que la teología medieval no estuviera tan equivocada después de todo, que el viejo Agustín y el Doctor Angélico y Abelardo y los demás estuviesen en lo cierto, que el hombre fue una vez similar a los ángeles. Puede ser que por algún misterioso e incomprensiblemente perverso acto de voluntad, apartó su rostro de su Hacedor y dejó que el mal se derramase sobre él; se convirtió en un imán para toda la malevolencia que el cosmos sostiene. Puede haber algo más de verdad en la identificación de Ulman de Chaugnar con el Lucifer del mito medieval.

—¿Es ésta —exclamó Imbert con reproche—, una ocasión propicia para una discusión de teología?

—No lo es —reconoció Little—. Pero pensé que era deseable delinear ciertas posibilidades. No quiero que imagines que considero la intrusión de Chaugnar Faugn en nuestro mundo cuerdo como un hecho científicamente explicable.

—No me importa cómo lo veas —afirmó Algernon—, siempre que logres destruirlo por completo.

—Lo odio como Aquino odiaba al diablo, como Antonio al súcubo del desierto.

—Y, sin embargo, te propones combatirlo con la ciencia —exclamó Imbert.

—Con una encarnación concreta de los conceptos de la matemática trascendental —corrigió Little—. Y tales conceptos son empíricamente científicos. Soy consciente de que la ciencia puede definirse vagamente como una acumulación sistematizada de tendencias y principios, pero hablando clásicamente, su función principal es transmitir alguna idea de la naturaleza de la realidad por medio de una lógica inductiva. Sin embargo, nuestro físico matemático se ha apartado de la inducción con tanta determinación como lo hicieron los escolásticos medievales en los días de los trovadores.

»Debemos partir de la suposición universal de que nunca podremos conocer positivamente la naturaleza real de nada, y que cualquier verdad que podamos deducir de las generalidades empíricas será principalmente valiosa como una especie de guía mística, en el mejor de los casos simplemente indicativa de la dirección en la que estamos viajando; pero además, algo sacramental y, por tanto, superior al conocimiento dogmático de la ciencia del siglo XIX. Las especulaciones de los físicos matemáticos de hoy se parecen más a poemas y salmos que a cualquier otra cosa. Encarnan conceptos más salvajes y fantásticos que cualquier cosa en Poe o Hawthorne o Blake o Gautier o Hoffman.

Dio un paso adelante y agarró la máquina inversora de entropía por su cuello globular.

—Dos hombres pueden operarla muy fácilmente —dijo, mientras lo levantaba un pie del suelo a modo de experimento—. Podemos llevarla a Chaugnar Faugn desde un automóvil.

—Si se mantiene en las calles abiertas —intervino Algernon—, no podemos seguirlo por una escalera de incendios o hacia el bosque en un automóvil.

—Había pensado en eso. Podría esconderse durante días en Central Park o en los bosques al norte de Dyckman Street. Pero no cruzaremos ese puente hasta que lleguemos a él —se humedeció los labios—. Dos hombres podrían avanzar bastante rápido con la máquina en una extensión suave. Debemos darnos prisa —continuó, después de un momento—. Mi chófer probablemente no esté hoy, pero iré en taxi hasta el garaje y recogeré el coche yo mismo —se volvió hacia Algernon—. Si quieres ayudar, localiza a Chaugnar Faugn.

Algernon lo miró fijamente.

—¿Pero, cómo? —jadeó.

—No debería ser difícil. Póngase en contacto con la policía de Manhattan, División de Asistencia y Ambulancias. Pregúnteles si han recibido llamadas inusualmente urgentes, algo de naturaleza sensacionalista. Si Chaugnar ha asesinado de nuevo, lo sabrán.

Señaló con urgencia un teléfono en la esquina y salió corriendo del laboratorio.

7. Una cura para el escepticismo.

Cuando Algernon hubo completado su llamada telefónica, encendió un cigarrillo con mucha calma y se acercó a donde estaba el doctor Imbert. Sólo el temblor de su labio inferior delataba la agitación que lo atormentaba.

—Ha habido cinco llamadas de emergencia —dijo—, todas desde la sección del centro de la ciudad, entre las calles Treinta y cinco y Cuarenta y ocho.

Imbert palideció.

—¿Y... muertes?

Algernon asintió.

—Sí. Dos de las ambulancias acaban de regresar.

—¿Cuántos murieron?

—Todavía no lo saben. Había cinco cuerpos en la primera ambulancia, tres hombres, una mujer y una niña pequeña, negra. Todos horriblemente mutilados. Se han vuelto locos allí. El tipo que me habló quería saber por qué había telefoneado, me gritó, se derrumbó y sollozó.

—¡Dios!

—No hay nada que podamos hacer hasta que Little regrese —se quejó Algernon.

—¿Y entonces? —Imbert estaba sumido en una histeria creciente—. ¿Qué crees que podemos hacer entonces?

—La máquina...

Algernon comenzó y se detuvo. No podía soportar poner su fe en palabras. Racionalmente, la máquina de Little era una broma grotesca, el propio Little era un lunático, o algo peor. Pero era necesario creer en la máquina, tener confianza en la sagacidad de Little: confianza suprema. Hubiera sido desastroso dudar en un momento así de que finalmente se daría un golpe, que Little y su máquina eliminarían para siempre la espantosa amenaza de Chaugnar Faugn.

—Sabes perfectamente que Little está loco —afirmó Imbert—, que sería una locura dar crédito a sus afirmaciones. Esa cosa es simplemente un hipnotizador mecánico. Es ingenioso, lo reconozco, puede inducir el sueño crepuscular con una rapidez que no hubiera creído posible, pero definitivamente es tridimensional. Trae al subconsciente a un primer plano, al subconsciente que cree todo lo que se le dice, induce una somnolencia temporal mientras el sujeto susurra: Estás mirando una figura cuatridimensional. Estás mirando una figura cuatridimensional. Y por supuesto que lo creerías. Lo creerías porque eres un escéptico y cínico confirmado. Todos los escépticos son crédulos en su inconsciencia. Es una especie de compensación. Yo también lo creí, por supuesto, pero sólo momentáneamente. No ha dejado una impresión duradera en mi mente consciente. Pero tú... tú piensas que Little es un dios. Has sido hipnotizado y no lo sabes.

—Preferiría no discutirlo —murmuró Algernon—. Yo no puedo creer que la figura que vimos fuera completamente un engaño. Era demasiado espantosa e increíble. Y recuerda que ambos vimos la misma figura. El hipnotismo masivo es virtualmente imposible. Deberías saberlo. No hay dos hombres que respondan a la sugestión de la misma manera. Ambos vimos una figura cuatridimensional.

—¿Pero cómo sabes que ambos vimos la misma figura? Fácilmente podríamos haber

respondido de manera diferente a la sugerencia de Little. El hipnotismo grupal es posible en ese sentido. Vi algo decididamente perturbador y tú también, pero eso no prueba que no fuéramos hipnotizados.

—Te convenceré de que no lo fuimos —exclamó Algernon—. Una máquina espacio-temporal de esta naturaleza no es teóricamente inconcebible, ya que los físicos han especulado sobre la posibilidad de invertir la entropía en porciones aisladas de la materia durante años.

Deliberadamente caminó hacia la máquina y disparó la palanca hacia arriba.

8. Lo qué sucedió en el laboratorio.

Algernon se incorporó y miró con horror el enorme agujero en la pared que tenía ante él. Era un gran agujero circular con bordes irregulares y, a través de él, el horizonte del bajo Manhattan brillaba nebulosamente, como un grabado bajo un cristal. Sus sienes latían dolorosamente; tenía la lengua seca e hinchada y se le adhería al paladar.

Alguien estaba parado encima de él. Imbert no, porque Imbert usaba anteojos. Y el rostro de este hombre estaba desprovisto de brillo, un óvalo borroso impecablemente blanco. Confundido, Algernon recordó que Little no usaba anteojos. Este, entonces, era Little; no Imbert. Ahora volvía en sí. Había tratado de convencer a Imbert de que la máquina no era un hipnotizador mecánico. La había encendido y luego... ¡Dios mío! ¿Qué había pasado entonces?

Algo que ninguno de los dos había anticipado. ¡Una explosión! Pero primero, por un instante, habían visto la figura. Y la luz. Y él e Imbert estaban demasiado asustados para apagarla. Qué claro se estaba volviendo todo. Se habían quedado un instante frente a la pared, demasiado desconcertados para apagar la luz. Y entonces Little había entrado en la habitación, había gritado una advertencia, una advertencia frenética.

—Ayúdame, por favor —exclamó Algernon débilmente.

Little se inclinó y lo agarró por los hombros.

—Tranquilo, ahora —ordenó, mientras lo guiaba hacia una silla—. No estás herido. Estarás bien en un momento. Imbert también lo estará. Un trozo de yeso lo golpeó en la sien, le hizo un corte feo, pero estará bien.

—¿Pero qué pasó? —Algernon hizo un gesto impotente hacia el agujero en la pared—. Recuerdo que hubo una explosión y que... me gritaste, ¿no es así?

—Sí, te grité que regresaras a la habitación. Estabas demasiado cerca de la pared. Un

instante más y el piso también se habría derrumbado y habrías tenido una desagradable caída de la que no te habrías recuperado.

Sonrió sombríamente y le dio una palmada en el hombro.

—Y eso es todo, mi muchacho. Te traeré un whisky con soda.

—Pero, ¿qué pasó exactamente? —insistió Algernon.

—La luz disminuyó la aleatoriedad de la pared, la envió hacia atrás en el tiempo. Te advertí que la pared se derrumbaría por completo si la luz descansaba sobre ella durante más de un instante. Pero tenías que experimentar.

—Soy un tonto —murmuró Algernon avergonzado—. Me temo que he arruinado tu apartamento.

—No es importante en realidad. Es extraño, por supuesto, tener todos los secretos abiertos al cielo, pero mi casero lo arreglará —miró a Algernon con curiosidad—. ¿Por qué lo hiciste?

—Para convencer a Imbert. Dijo que la máquina era simplemente un hipnotizador mecánico.

—Ya veo, Imbert pensó que estaba patéticamente conmovido.

—No exactamente. Creo que quería creerte.

—Pero no podría. Bueno, no puedo culparlo. Hace cinco años yo también hubiera dudado. Apruebo a los escépticos. Son confiables, cuando logras convencerlos de que las cosas impensables y escandalosas ocasionalmente tienen al menos una potencia pragmática. Dudo que incluso ahora Imbert admitiera que se trata de una máquina de inversión de entropía, pero puede estar seguro de que ha aumentado su respeto por ella. Me obedecerá implícitamente. Debemos actuar al unísono si queremos exterminar a Chaugnar Faugn.

Algernon comenzó a temblar de repente.

—No tenemos un instante que perder —exclamó—. Chaugnar está matando en las calles. Me puse en contacto con la policía justo antes de que regresara; están enviando llamadas de ambulancia desde toda la ciudad. Destruirá cientos si no actuamos instantáneamente. Ven, por el amor de Dios.

Algernon se había levantado y caminaba hacia la puerta.

—¡Espera! —la voz de Little tenía una nota de mando—. Tenemos que esperar a Imbert. Está abajo, en el baño, cubriendo su herida.

De mala gana, Algernon regresó a la habitación.

—Un retraso de unos minutos no importará —continuó Little tranquilizadamente—. Tenemos una experiencia tan terrible ante nosotros que deberíamos estar agradecidos por este respiro.

—Pero Chaugnar está matando ahora —protestó Algernon—. Y estamos aquí sentados dejando que eso pase.

—Quizás. Pero en el mismo instante en todo el mundo otras vidas están siendo apagadas por enfermedades que los hombres podrían prevenir —respiró hondo—. Estamos haciendo lo mejor que podemos, hombre. Este respiro es necesario por el bien de nuestros nervios. Tratemos de ver la situación con cordura. Si vamos a erradicar el absceso que es Chaugnar necesitaremos la calma de un cirujano. Tenemos que endurecer nuestras voluntades, sacar de nuestras mentes todas las consideraciones histéricas y todo sentimiento. La salvación de nuestra raza está en juego.

—Pero matará a cientos en las calles —se quejó Algernon.

—No —Little negó con la cabeza—. Ya no está en las calles. Ha salido de la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha habido una masacre en la costa de Jersey, cerca de Asbury Park. Me detuve por un instante en la oficina de Brooklyn Standard cuando salía del garaje. El personal nocturno está alborotado. Descubrí algo más. ¡Ha habido una masacre similar en España! Si no hubiéramos estado hablando aquí, lo habríamos sabido. Todos los periódicos publicaron columnas al respecto, hace horas. Mañana todo el mundo sabrá de la amenaza, y habrá un brote de histeria colectiva.

—¿Histeria colectiva?

—Sí, mañana se volverán locos en la ciudad; habrá una estampida. Una población extranjera supersticiosa, ya sabes. Se volverán locos. En el East Side. Miles de personas se volverán locas, saquearán, destruirán. Habrá más vidas perdidas de las que Chaugnar destruyó esta noche.

—Pero podemos hacer algo. Debemos hacerlo.

—Sí, sí, por supuesto. Dije que simplemente estábamos esperando al doctor Imbert.

Cruzó hacia la ventana y miró por un momento el cielo iluminado. Luego regresó a donde estaba parado Algernon.

—¿Te sientes mejor? —preguntó—. ¿Te has recuperado?

—Sí —murmuró Algernon—. Estoy bien.

—Bien.

La puerta se abrió y entró Imbert. Su rostro estaba angustiado y de una palidez mortal, pero una mirada de alivio apareció en sus ojos cuando se posaron en Algernon.

—Temí que estuvieras gravemente herido —gritó—. Fuimos insensatos por experimentar con esa cosa.

—Debemos experimentar de nuevo, me temo —la voz de Little tenía la máxima urgencia.

—Bueno, que así sea. Estoy listo para unirme. ¿Qué quieres que hagamos?

—Quiero que usted y Harris bajen esa máquina y la pongan en mi auto. Tengo que ir por una linterna eléctrica para iluminar nuestro Gólgota —murmuró al pasar por la puerta.

9. El honor se mueve.

—Debe adelantarlo antes de que llegue a la encrucijada —gritó Little.

Iban a toda velocidad junto al mar, avanzando a setenta millas por hora por un camino largo y blanco que serpenteaba entre murallas de arena. A ambos lados se elevaban dunas, enormes y majestuosas estrellas de la mañana brillando en las aguas oscuras, visibles de forma intermitente más allá de sus paredes que dan al mar. El istmo en forma de herradura se extendía seis millas hacia el mar y luego se doblaba hacia la costa de Jersey. En el punto donde cambió de dirección se encontraba un cruce de caminos. Uno de ellos conducía directamente hacia el continente, el otro hacia un denso páramo contaminado por el océano, pantanoso e inexpugnable, una especie de pantano donde cualquier cosa podría esconderse indefinidamente.

Y hacia este retiro huyó Chaugnar. Durante horas, el coche de Little lo había perseguido a lo largo de las carreteras asfaltadas que bordean la costa de Jersey, cruzando puentes y viaductos y a través de páramos de arena, en línea recta desde Asbury Park hasta Atlantic City y luego a través del campo y de regreso a la costa. Ahora recorrían un terreno estrecho azotado por las salpicaduras del Atlántico,

desierto salvo por unas cuantas chozas destartadas de pescadores y una vasta congregación de gaviotas.

Little y sus compañeros estaban sumidos en un terror insoportable. Chaugnar Faugn se había movido con increíble rapidez, desde el instante en que lo encontraron por primera vez agazapado, somnoliento, en las sombras debajo de una casa de baños desierta en Long Branch. De repente, la criatura se fue tambaleando a través de la oscuridad, todos sus movimientos habían sido ominosos y amenazadores.

Dos veces se detuvo en el camino y esperó a que se acercaran y una vez su gran brazo se alzó contra ellos en un gesto de desafío maligno. Y en esa ocasión solo la máquina de entropía los había salvado. Chaugnar no pudo soportar su luz, y cuando Little dirigió el rayo sobre los flancos de la criatura, el gran cuerpo obscuro se agitó y se estremeció y un chillido espantoso brotó de sus labios bulbosos. Y luego avanzó de nuevo, sus gruesas y rechonchas patas se movían con la rapidez de pistones, llevándolo por el suelo tan rápidamente que el automóvil no podía seguir el ritmo.

Pero sus huellas siempre habían permanecido visibles, pues de ellas fluía una fosforescencia que iluminaba su retirada. Y siempre se oía a lo lejos su ronco bramido, cargado de furia y de un odio incalculable. Y por el hedor también lo rastrearon, porque todo el aire por el que pasaba estaba amargamente contaminado, picante con una impureza que evade toda descripción.

—Es infinitamente viejo —gritó Little mientras maniobraba el coche por la base de una duna azotada por el mar—. Tan viejo como la corteza terrestre. Se habría derrumbado de lo contrario. Es solo su edad lo que lo salva.

—Tuviste la luz encendida durante cinco minutos —gritó Algernon. Su voz estaba ronca por la emoción—. Y todavía vive. ¿Qué podemos hacer?

—Debemos arrinconarlo, mantener la luz dirigida hacia él durante muchos minutos. Para enviarlo de regreso, debemos disminuir el elemento aleatorio en él en mil millones de años. Ha permanecido sustancialmente como está ahora por lo menos durante ese tiempo. Quizás más.

—¿Cuántos años de tiempo terrestre corta la máquina por minuto? —gritó Imbert.

—No puedo decirlo exactamente. Funciona de manera diferente con diferentes objetos. Los metales, la piedra y la madera tienen un ritmo de entropía diferente. Pero aproximadamente, debería revertir la entropía a lo largo de mil millones de años de tiempo terrestre en diez o quince minutos.

—¡Ahí está! —gritó Algernon—. Ha llegado a la encrucijada. ¡Mira!

Imbert apoyó la frente contra un parabrisas vidriado por la niebla del mar, mirando con ojos desorbitados la forma de Chagnar, iluminado fosforescentemente a un cuarto de milla delante de ellos en la carretera, y mientras miraba la distancia entre el automóvil y el horror repugnante disminuía en cincuenta yardas.

—No se mueve —gritó Little. Se había levantado a medias de su asiento y estaba agarrando el volante como si fuera algo vivo—. Nos está esperando. Encienda la luz, señor. ¡Rápido! ¡por el amor de Dios! ¡Estamos casi encima!

Algernon cayó de rodillas en la oscuridad y buscó a tientas el interruptor. El rugido del motor aumentó cuando Little pisó furiosamente el acelerador.

—¡La luz, rápido!

Los dedos de Algernon encontraron el interruptor y lo empujaron bruscamente hacia arriba. Siguió el zumbido de las esferas giratorias mientras Little deliraba.

—Se está moviendo de nuevo. ¡Dios, se está moviendo!

Algernon se puso de pie, tembloroso.

—¿Dónde está? —gritó—. ¡No lo veo!

—Se dirige a las marismas —chilló Little.

Señaló hacia un lugar despejado en el parabrisas. Girando histéricamente, Algernon divisó un bulto fosforescente que se alejaba por el más estrecho de los caminos que se dividían en dos. Little pisó el acelerador frenéticamente. El camino se hizo más estrecho y desigual a medida que avanzaban, y el coche se precipitó peligrosamente.

—Cuidado —gritó Algernon—. Es mejor ir más despacio.

—No —gritó Little—. No podemos detenernos ahora.

La luz de la máquina fluía sin obstáculos hacia la oscuridad ante ellos.

—Mantenlo entrenado en la carretera —advirtió Little—. Destruiría a un hombre en un instante.

Ahora podían oler las marismas. Un penetrante olor salado de salmuera estancada y mariscos putrefactos se dirigió hacia ellos. Una enfermiza luz amarilla se extendía lentamente por el cielo del este. Al otro lado de la carretera, delante de ellos, una tortuga se arrastró y desapareció horriblemente en un instante.

—Mira eso —gritó Little—. Así sería Chaugnar si no fuera tan viejo como la tierra.

—Esté preparado con los frenos —aconsejó Algernon.

El final del camino apareció a la vista. Corrió rápidamente cuesta abajo durante cincuenta metros y terminó en un desierto arenoso, medio sumergido en sus niveles inferiores. La masa iluminada de Chaugnar se detuvo un instante en un montículo. Luego se movió rápidamente hacia abajo, hacia las llanuras, con los brazos abiertos y el cuerpo balanceándose de manera extraña, como si estuviera asombrado por el mar.

Little condujo el coche a un lado de la carretera y frenó.

—¡Fuera, los dos! —gritó.

Histéricamente, Algernon se quedó un instante agarrado a la puerta del coche. Luego, en un repentino acceso de determinación, saltó hacia atrás y comenzó a tirar de la máquina, mientras Imbert se esforzaba valientemente por ayudar y animar.

Vino un bramido de la gran forma que avanzaba hacia el pantano. Algernon se acercó a Little, lo agarró del brazo y suplicó sobriedad y precaución.

—¿No sería mejor que esperáramos aquí? —susurró—. Parece temer al mar. Podemos atrincherarnos aquí y atacarlo con la luz cuando vuelva.

—No —la voz de Little fue enfática—. No tenemos ni un segundo que perder. Puede enlodarse. Lo llevaremos hacia el pantano, confíe en el barro. Rápido ahora.

Resueltamente se inclinó e hizo una seña a sus compañeros para que le ayudaran a levantar y sostener la máquina. El amanecer se extendía por el este mientras los tres hombres descendían tambaleándose sobre el desierto arenoso, con la salvación de un planeta en la forma brillante que llevaban.

Fueron directamente al pantano, temblando de terror pero impulsados por una determinación que no era consciente de la precaución. De Chaugnar llegó ahora un insistente chillido y bramido, un ruido que golpeó tan siniestramente el oído de Algernon que este quiso, desesperadamente, soltar la máquina y huir. Pero por encima de los bramidos obscenos del horror se elevó la voz de Little en valiente exhortación.

—No te detengas ni un instante —gritó—. Debemos evitar que vuelva a la carretera. Girará en un momento. Se hunde cada vez más profundo. Tendrá que girar.

Sus zapatos se hundieron en la maleza de los pantanos que relucía con un destello verdoso por la máquina, borrando todo a su paso, excepto el barro mismo, que simplemente burbujeaba untuosamente, rejuvenecido en un instante por diez mil años.

Y luego, de repente, la gran cosa se volvió y los enfrentó.

Se revolvió hasta las rodillas en el barro blando, sus flancos relucientes temblaban de ira, su enorme tronco erizado malignamente, un flagelo de llamas. Por un instante se alzó tan terriblemente amenazador, el alma de toda malignidad y horror, un cíclope canceroso que rezumaba feto. Entonces la luz lo cubrió y retrocedió con una repugnancia horrible de presenciar. Aunque medio empantanado, retrocedió terriblemente, y sus bramidos se convirtieron en rancos gorgoteos, como los que ninguna garganta animal ha proferido en todos los eones terrestres de evolución sensible.

Y luego, lentamente, comenzó a cambiar. Cuando la luz fluyó y lo envolvió, se estremeció de agonía y comenzó inconfundiblemente a marchitarse y oscurecerse.

—Mantén la luz fija —gritó Little a través de los labios húmedos. Sus rasgos mostraban una expresión de repugnancia total y sus mejillas tenían un tono violáceo. Con los brazos paralizados, Algernon e Imbert avanzaron con la máquina, sus labios murmurando invocaciones, sus ojos fijos en una tumescencia vidriosa.

Y ahora aquello que había tomado para sí una forma terrestre de eones primordiales comenzó a desanimarse terriblemente y, ante su mirada, se representó un drama tan repugnante que puso en peligro la razón. Un horror ardiente se retiró de sus vestiduras de barro y recorrió en patrones de indecible oscuridad la historia de su consagración. No instantáneamente se había adueñado de sí mismo, sino por etapas, lento, fantasmal y enfermizo. Para ascender, Chaugnar había tenido que darse un festín, no con hombres al principio, porque no había hombres cuando yacía pegajoso y venenosamente esparcido sobre la corteza terrestre, sino de entidades no menos malignas que él mismo, los excrementos de nacimientos estelares incalculables. Porque antes de que la tierra se enfriara había extraído de los cielos una progenie nociva que había vagado y volado por su superficie, como alimañas, como sanguijuelas. Atraídos hacia la tierra por su holocausto habían venido, y Chaugnar los había devorado implacablemente.

Y ahora estas blasfemias fueron vomitadas, y por encima de la oscuridad se extendió la contaminación. Y por fin Chaugnar pasó de una forma de bestia a una silueta gelatinosa, un espiral de humo y una llama verde indescriptible. Por un instante se movió sobre el pantano negro, como se había movido al principio cuando había bajado del espacio exterior para volverse bestial en presencia del hombre. Y luego las llamas se desvanecieron y no quedó nada más que un viento frío que soplaba y un espíritu de maldad, suelto y voraz en el vacío sobre ellos.

Little dejó escapar un gran grito y Algernon soltó la máquina y cayó de rodillas sobre la tierra húmeda. Imbert también abandonó la máquina, pero antes de hacerlo disparó la palanca hacia atrás y dirigió su caída para que aterrizara donde el barro era más

firme.

Entonces los tres hombres se abrazaron y empezaron a regocijarse salvajemente. Pero solo por un instante su victoria no fue desafiada. Porque antes de que las esferas de la máquina postrada dejaran de girar, antes incluso de que la luz se hubiera desvanecido, del destello reluciente, la malignidad que había sido Chaugnar se reconfiguró en el cielo.

Indescriptiblemente se asomaba a través de las brumas grises del mar, su volumen multiplicado por mil, su tronco era un horror gigantesco, demoníaco, sonando en sus frenéticos retorcimientos como un toque que desvanecía la esperanza. Un grito de miedo casi inarticulado salió de la garganta de Algernon, mientras Imbert cayó al suelo y golpeó con los puños la base de la máquina desechada. Sólo Little lo enfrentó de pie, con la cabeza alzada y el semblante iluminado por un coraje sublime e inimaginable.

Algo parecido a la lujuria brilló en los ojos del horror. Por un segundo se quedó colgando sobre ellos. Luego se agachó y anduvo a tientas con sus monstruosas manos en busca de las pequeñas formas que odiaba. Su boca, mientras tanteaba, babeaba saliva fosforescente, y un olor a corrupción brotaba de sus flancos ciclópeos.

10. Explicación de Little.

Era el quinto día desde que Chaugnar Faugn había sido enviado al pasado. Algernon y Little se sentaron en el laboratorio de este último y discutieron el repugnante suceso con tazas de café negro.

—¿Crees, entonces, que la última manifestación que vimos fue puramente espectral?

—Quizás no del todo —respondió Little—. Apestaba. Emanaba un olor a putrefacción. Debo considerar el fenómeno como una especie de reensamblaje. Chaugnar había estado encarnado durante tanto tiempo en la forma espantosa con la que estamos familiarizados que su inteligencia incorpórea podía recostarse en una especie de mimesis porosa antes de regresar a su esfera cuatridimensional. Nuestra máquina invirtió la entropía con tanta rapidez que quizás sobrevivieron fragmentos minúsculos de su cuerpo terrestre, y estos, mediante un tremendo ejercicio de voluntad, pueden haberse vuelto a ensamblar y, en sentido figurado, explotado. Es decir, puede haber tomado estos pequeños fragmentos y haber aumentado su porosidad más allá de la porosidad normal de la materia que produjo la aparición ciclópea que vimos.

Algernon se estremeció.

—Fue más funesto y aborrecible de lo que Chaugnar encarnó —murmuró—. Pensé que estaba acabado. E Imbert, pobre, no se recuperará jamás del susto. ¿Lo has visto

recientemente?

Little negó con la cabeza.

—Se ve espantoso. Diez años mayor y treinta kilos más delgado. Y bastante incapaz de hablar sin tartamudear. Rara vez sale de su casa y se ve amenazado por un complejo neurótico: el miedo a los espacios abiertos.

Little suspiró.

—Lo siento muchísimo. Imbert es un hombre muy valioso.

Por un momento, Algernon guardó silencio. Luego se puso de pie, dejó su taza de café en el alféizar de la ventana y se acercó a donde estaba sentado Little.

—Estuvimos de acuerdo —dijo—, en que no hablaríamos de Chaugnar hasta que el tiempo hubiera embotado un poco el horror. Fue una decisión sabia, creo, porque estaba temblando al borde de un colapso neuronal, y hubo ciertos incidentes, ciertas... extrañezas que quería olvidar desesperadamente. Sin embargo, ahora estoy tan seguro de que lo que ambos presenciamos no fue una ilusión que debo insistir en que devuelva una respuesta honesta a dos preguntas. No esperaré una explicación completa y totalmente satisfactoria, porque soy consciente de que usted mismo no conoce la naturaleza exacta de Chaugnar. Pero al menos ha formulado una hipótesis y estoy seguro de que con su vasta erudición oculta puede proporcionar una clave que arrojará, si se me permite hablar en una metáfora confusa, un rayo de luz sobre ese enigma más espantoso.

—¿Qué deseas saber? —la voz de Little era constreñida, tranquila.

—¿Qué destruyó el horror en los Pirineos? ¿Por qué no hubo más masacres después de esa noche?

Little sonrió lánguidamente.

—¿Has olvidado los charcos de limo negro que se encontraron en la nieve derretida a mil pies sobre el pueblo, tres días después de que enviamos a Chaugnar de regreso?

—Te refieres a...

Little asintió.

—Los parientes de Chaugnar, sin duda. Acompañaron a Chaugnar de regreso, pero dejaron, como su maestro, algunos restos. Pequeños charcos redondos de lodo oscuro y putrefacto, una superfluidad de podredumbre que de alguna manera resistió la

acción de inversión de la entropía de la máquina.

—¿Quieres decir que la máquina envió emanaciones letales al otro lado del mundo?

Little negó con la cabeza.

—Me refiero simplemente a que Chagnar Faugn y sus horribles hermanos se unieron en la cuarta dimensión y que los destruimos simultáneamente. Es un axioma de toda filosofía especulativa basada en la física y los conceptos matemáticos no euclidianos: si percibimos las relaciones reales de los objetos en el mundo externo, dado que nuestros sentidos nos permiten verlos meramente en tres dimensiones, no podemos percibir los vínculos cuatridimensionales que los unen.

»Si pudiéramos ver los mismos objetos: hombres, árboles, sillas, casas, en un plano cuatridimensional, notaríamos conexiones que ahora no hemos detectado por completo. Mi silla, por ejemplo, puede estar unida al alféizar de la ventana. O tú y yo podemos ser fragmentos infinitesimalmente diminutos de algún monstruo gigantesco que ocupa vastos segmentos del espacio-tiempo. Puedes ser una mera excrescencia en la espalda del monstruo, y yo un pelo de su cabeza. Hablo metafóricamente, por supuesto, ya que en la cuarta dimensión no puede haber nada más que analogías con los objetos del globo terrestre. Tú y yo y todos los hombres, y todo en el mundo, cada partícula de materia, puede ser sólo un fragmento de esta entidad más grande.

»Si algo le sucediera a la entidad, tú y yo sufriríamos, pero como el monstruo sería invisible para nosotros, nadie equipado con órganos humanos normales de conciencia sospecharía que estamos sufriendo porque somos parte de él. Para un observador tridimensional, parecería que sufrimos de diferentes causas y la invisible solidaridad cuatridimensional permanecería totalmente insospechada.

»Si dos personas estuvieran así unidas cuatridimensionalmente, como gemelos siameses, y una de ellas fuera destruida por una máquina similar a la que usamos contra Chagnar Faugn, la otra sufriría en el mismo instante, aunque estuviera en el lado opuesto.

Algernon pareció desconcertado.

—Pero, ¿por qué debería ser invisible el vínculo? Suponiendo que Chagnar Faugn y los horrores de los Pirineos fueran aliados cuatridimensionales, ya sea porque eran partes de un gran monstruo o simplemente porque eran... bueno, uno en la cuarta dimensión: ¿por qué este vínculo de conexión cuatridimensional debería ser invisible para nosotros?

—Mi querido amigo, eres positivamente obtuso. Si fueras una entidad de dos en lugar de una tridimensional, si, cuando miraras los objetos que te rodean (sillas, casas,

animales), solo vieras su largo y ancho, no serías capaz de formar cualquier concepción inteligible de sus relaciones con otros objetos en la dimensión de la altura. Solo una parte de un objeto tridimensional ordinario sería visible para ti y solo podrías hacer una suposición mística en cuanto a cómo se vería con otra dimensión agregada. Podrías percibir cientos de superficies planas a tu alrededor, todas desconectadas, y nunca imaginarías que forman un objeto en la tercera dimensión.

»Vivirías en un mundo bidimensional y cuando los objetos tridimensionales se introdujeran en ese mundo, no estarías consciente de su verdadera conformación objetiva, o relativamente inconsciente, porque tus percepciones serían perfectamente válidas mientras permanecieses bidimensional.

»Nuestras percepciones del mundo tridimensional sólo son válidas para ese mundo; para una entidad cuatridimensional, nuestras concepciones de los objetos externos a nosotros deben parecer completamente ridículas. Y sabemos que tales entidades existen. Chaugnar Faugn era una entidad así. Y debido a su naturaleza cuatridimensional, se unió al horror de las colinas de una manera que no pudimos percibir. Podemos percibir conexiones cuando tienen longitud, anchura y grosor, pero cuando se agrega una nueva dimensión que pasa fuera de nuestro conocimiento, precisamente como un objeto sólido desaparece del conocimiento de un observador en una dimensión más baja que la nuestra. ¿He aclarado tus perplejidades?

Algernon asintió.

—Creo... sí, estoy seguro de que lo has hecho. Pero me gustaría hacerte otra pregunta. ¿Crees que Chaugnar Faugn está dotado de una incorporeidad sobrenatural, o es simplemente una entidad? ¿Tenía razón Ulman y era Chaugnar una encarnación de la Unidad acroamática de los misterios brahamánicos, el portentoso todo-en-todo de los teósofos y ocultistas, o simplemente un engendro del universo físico?

Little tomó un largo sorbo de café y bajó la cabeza muy deliberadamente, como si estuviera ordenando sus convicciones para un debate.

—Creo que una vez te dije que no creía que Chaugnar Faugn pudiera ser destruido por ningún agente menos trascendental que el que usamos contra él. Ciertamente no era protoplásmico o mineral, y ningún dispositivo mecánico que no se basara en conceptos relativistas podría haber efectuado la disolución que presenciamos. Una máquina de rayos infrarrojos, por ejemplo, o un desintegrador de átomos, suponiendo que existiera tal maravilla, no habrían podido devolverlo. Sin embargo, a pesar de la naturaleza trascendental incluso de su caparazón, a pesar del hecho de que incluso su forma estaba hecha de una sustancia desconocida en la tierra y que no podemos formarnos ningún concepto de su forma real en la esfera multidimensional que ahora habita, en mi opinión, es inherentemente, como nosotros, una entidad circunscrita: el engendro de estrellas remotas y dimensiones impías, pero una criatura y no un creador, una

criatura que obedece leyes inexorables y ocupa un nicho definido en el universo.

»De una manera que no podemos entender, había adquirido la capacidad de vagar y podía encarnarse repugnantemente en dimensiones más bajas que las suyas. Pero no creo que poseyera los atributos de la deidad. No era ni benéfico ni malvado, sino simplemente amoralmente virulento. Cósmica y amoralmente virulento, una impureza purulenta de estrellas lejanas que se extraviaron por casualidad en nuestro pequeño mundo.

—¿Pero crees que realmente hizo una raza de hombres para servirlo? ¿Que los Miri Nigri fueron hechos a partir de la carne de los anfibios primordiales?

Little frunció el ceño.

—No lo sé. Las condiciones en la corteza terrestre pueden haber sido alguna vez tales que creaciones de esa naturaleza ocurrieran constantemente. Y podemos estar seguros de que Chaugnar Faugn con sus dotes inescrutables podría haber modelado formas de hombres. Si así lo hubiera deseado, podría haberlo hecho.

Little bajó la voz y se inclinó hacia delante apoyándose en el codo.

—Algún día —murmuró—, Chaugnar puede regresar. Lo enviamos atrás en el tiempo, pero en diez, veinte o cien mil años puede volver a devastar. Su regreso será presagiado en sueños, porque cuando sus hermanos se volvieron ágiles en las colinas españolas, tanto yo como el chino fuimos perturbados en nuestro sueño por precursores del más allá. Telepáticamente a las mentes dormidas habló Chaugnar, y cuando regrese volverá a hablar; porque el hombre no está aislado entre los seres sensibles de la tierra, sino que está vinculado a todo lo que se mueve en una continuidad cuatridimensional.